



ÉPOCA 3.^a—AÑO IX.—TOMO VII

NÚMERO 24.—Madrid 25 de Agosto de 1884

NÚMERO SUELTO, DOS REALES

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	1 ps. fs.
Un año.....	4 »

DIRECTOR
DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN
PELIGROS, 20, SEGUNDO



PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y MÉJICO	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 »

SUMARIO

TEXTO.—Revista, por Nulema.—Crónica universal, por D. M. Riera.—Carta de confianza, por Blas.—Los grabados.—San Justo y Pastor.—Discurso pronunciado por Mons. Mermillod acerca de cuál debe ser la acción de la Iglesia en la situación actual de las clases obreras.—Haz bien sin saber á quién, por D. José P. Villamil.—El cólera.—Patriotismo y abnegación (continuación), por Esteban Marcel.—Conocimientos útiles.

GRABADOS.—Mr. Malou, Presidente del Consejo de Ministros de Bélgica.—Vista del camino por donde se cruzaba hasta ahora el famoso puerto de Pajares entre León y Asturias.—Los ciervos saludando la salida del sol.—Fachada del convento de las religiosas de San Fernando.

REVISTA

Los periódicos impíos, que por desgracia no son pocos en Madrid, se han alborotado, como si los matasen, por un suceso de carácter puro y exclusivamente religioso; que por la estación en que se ha celebrado ha tenido escasa notoriedad, reduciéndose al culto tributado en un solo día y en un solo templo de Madrid al Sagrado Corazón de Jesús.

Una religiosa salesa enferma hace meses, concibió el pensamiento, ante las amenazas del cólera, de que fuese consagrado Madrid al Corazón de Jesús; y en efecto, acogida la idea por algunos fieles y patrocinada por los Prelados de la diócesis, se verificó la ceremonia el día de San Roque en la iglesia de San Jerónimo, asistiendo al acto muchos y fervientes católicos, de los más apartados y ajenos á las contiendas políticas, y á las ambiciones y miserias humanas.

Pues este hecho sencillísimo, esta función religiosa de carácter eminentemente ascético, este acto de adoración á Jesucristo Sacramentado, ha irritado de tal modo el ánimo de los periodistas impíos, que al día siguiente de celebrarse vinieron echando venablos contra la reacción fanática, á la cual suponen en armas para derribar todo lo existente.

Para estos liberales, tributar culto al Señor en sus templos, celebrar actos de piedad ó de penitencia, rezar, ayunar, son cosas nefandas que no pueden aguantarse, porque suponen vida y aliento en los corazones católicos, tras de los cuales se parapeta la reacción para resistir á sus armas. Para ellos no hay otro culto que el del becerro de oro, ni otras funciones que las de los teatros de todas clases, ni otras ceremonias que las masónicas, ni otros rezos que la difamación y la calumnia, ni otros ayunos que los que se hacen en Fornos.

¡Bueno andaría el mundo, y eso que anda tan mal, si diéramos gusto á la Revolución! Y anda mal justamente por lo mucho que con los revolucionarios contemporizamos, participando de su espíritu depravado y de sus costumbres corrompidas.

La consagración de Madrid al Corazón de Jesús ha recibido, pues, su corona con los ataques de los impíos, pues sabido es

que ese Corazón divino, desde que fué traspasado en la cruz, viene coronado de espinas.

¡Oh espinas del Corazón adorable de Jesús! Infundid en los corazones de los hombres ese espíritu de mortificación que vosotras representáis, para que no se dejen arrebatar por la soberbia y la sensualidad de este siglo, y vivan con la unidad en la fe, en la concordia de la caridad, como los buenos hijos en el hogar de sus padres.

En la fiesta de San Jerónimo se firmó una adhesión á la protesta que el Sr. Arzobispo de Santiago de Cuba hizo en el Senado en la sesión del 18 de Julio de 1884 en favor de los derechos del Sumo Pontífice y en contra del despojo del dominio temporal de la Santa Sede. Las palabras del Sr. Arzobispo fueron éstas:

« Mi intervención en este debate es para lo menos que puedo hacer: para protestar del despojo realizado en Roma, y manifestar que los derechos del Soberano Pontífice son indiscutibles, inalienables, imprescriptibles, superiores y anteriores al derecho moderno creado por la revolución cosmopolita, inadmisibles para la Iglesia. »

De todas las providencias eclesiásticas de España están saliendo protestas de adhesión á estas frases del Sr. Martín de Herrera. LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA se adhiera á este sentimiento general, y pro-

testa una vez más de su devoción á la Silla Apostólica y de su indignación implacable contra los perseguidores, que la tienen sitiada y quisieran destruirla y pulverizarla para gloria del infierno.

Pero las palabras de Dios no pueden faltar: *Portae inferi non prevalebunt.*

La inauguración del ferrocarril directo á Gijón, se ha celebrado con gran solemnidad; pero en medio de la general alegría ha podido observarse un hecho triste, que para mayor desgracia nuestra no es la primera vez que se verifica. En el gran banquete celebrado en Puente de los Fierros el día de la inauguración, el primer brindis lo pronunció un francés en su idioma nativo, y la primera parte del brindis del Monarca lo fué también en francés, para corresponder al de Mr. Donont, jefe de la Empresa del Noroeste, compuesta casi por completo de banqueros franceses.

Será cierto que estos banqueros franceses contribuyen con sus capitales al enriquecimiento de las comarcas gallegas y asturianas; pero esta Empresa de los banqueros franceses no es para ellos una obra de amor á España, no es una obra de esplendor y de magnificencia; es simplemente un negocio, y si envían sus capitales á España es para que vuelvan á sus arcas multiplicados con los que arrancan á nuestro suelo, convertido en materia de explotación de Empresas y Sociedades extranjeras.

Se dirá: es que sin esas Empresas no tendríamos ferrocarriles, porque no hay aquí capitales para Empresas de esa importancia, donde se juega con cientos de millones. ¡Disparate! Si aquí no tuviéramos dinero para tales Empresas, no vendrían los banqueros franceses á gastarlo sin esperanza de reintegro. ¿Vienen y lo gastan ellos? Pues esperanza fundada tendrán de ganar en el negocio.

Aquí hay dinero cuando los extranjeros vienen á buscarlo; lo que falta es el patriotismo en todos: en los Gobiernos que no fomentan la riqueza pública, sino antes bien la arruinan; en los ricos porque tiran el dinero en cosas superfluas ó lo gastan en el extranjero, cuando debieran aplicarlo á la mejora de su país y de sus casas; en la clase media, que lo sacrifica todo al afán de ser aristocracia; en los pobres, que se entregan á la indolencia de vivir poco menos que de limosna, cuando no apelan á medios reprobados para sonsacar á los ricos su dinero; en... ¿dónde vamos á parar? Lo único que en España queda más sano es el clero, y el pobre clero se halla reducido, y gracias que le dejen, al ejercicio de su ministerio. La Revolución ha procurado arrebatárle su influencia social.

Esta falta de patriotismo es la causa de que los franceses se vayan apoderando de nuestras Empresas, y vayan conquistándonos por medios pacíficos, que son los más temibles, hasta que conviertan á España en una colonia suya, repitiéndose aquí el caso de Egipto, que moralmente es una provincia de Inglaterra.

Hemos leído la noticia de que la Em-



MR. MALOU,

PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS DE BÉLGICA.

presa del ferrocarril del Noroeste se va á refundir en la del Norte, también francesa; de modo que esta poderosa Compañía va adquiriendo todas las líneas que puede, como si tratara de ejercer un monopolio sobre los transportes de España, monopolio que podría llegar á ser, en cierto sentido, como el que los Niños de Ecija ejercieron en otro tiempo en los caminos de Andalucía, que dificultaba los viajes, cortaba las comunicaciones, retenía en sus casas á los comerciantes, aterrados por los tributos que esta poderosa y hábil compañía imponía á los caminantes.

El progreso moderno lleva en sus mismas conquistas el germen que lo corrompe y desvirtúa. Y es que tiene por consejera á la codicia, y como dice nuestro refrán, la codicia rompe el saco. El nuestro va teniendo muchos agujeros.

Dicen los periódicos noticieros que ya se ha resuelto favorablemente la cuestión de cementerios, que amenazaba con un conflicto entre la autoridad civil y la eclesiástica.

Ojalá sea así, porque ésta es una cuestión gravísima, en la cual va envuelta la de secularizar ó más bien profanar las sepulturas cristianas.

No es tan fácil demostrar científicamente que la proximidad de los cementerios á las poblaciones sea insalubre; pero si así se cree, pase que se lleven más lejos siempre que se respeten los derechos de la Iglesia. En lo que no hay congruencia es en decir: «Los cementerios actuales están muy cerca de la población, conviene alejarlos; luego si conviene alejarlos, el Ayuntamiento de Madrid debe arrebatar á las iglesias el derecho de sepultura y construir cementerios municipales que reemplacen á los de las Sacramentales.»

Oblíguese á las parroquias á construir otros cementerios donde la ciencia diga que no pueden dañar á la higiene pública; pero quitarles los actuales y no permitirles construir otros, nos parece que sería obrar contra todo derecho. O la cuestión es de higiene pública, ó de hacienda municipal. No confundir cuestiones, y con la mano de la higiene tratar de sacar las castañas del fuego, ó más bien de levantar muertos.

El Estado moderno hace años que va quitando á la Iglesia todas sus fuentes de producción, todos sus elementos de riqueza, que no es otra cosa la llamada desamortización. Le quitó sus fincas, le quitó sus edificios, le ha querido quitar hasta la administración de Sacramentos, instituyendo el registro civil contra el Bautismo, el concubinato civil contra el Matrimonio. Pero le queda aun á la Iglesia el derecho de sepultar á sus hijos, y como este derecho puede producir y en efecto produce dinero, el Estado hace tiempo que tiene puesta la mira en los cementerios.

Al plantearse ahora esta cuestión, es preciso que se formule clara y francamente. ¿Es cuestión de higiene, ó es cuestión de hacienda?

Las autoridades eclesiásticas son las llamadas á estudiar la cuestión, y ellas sabrán fallar el pleito.

Entre el Gobierno y la Iglesia el conflicto sería desigual, porque el Gobierno podría caer en la fosa que él llegase á abrir; pero la Iglesia es inmortal.

Con verdadero gozo hemos visto en la *Gaceta* la ley autorizando al señor ministro de Fomento para que adquiriera la biblioteca de los duques de Osuna y del Infantado. Tanto el ministro como el director general de Instrucción pública se ciñen con ésta ley una corona de envidiable gloria.

Porque era dolorosísimo sólo el considerar que podía ir tan rica biblioteca á manos de extranjeros. La biblioteca de Osuna es eminentemente nacional, como que guarda gran parte de los manuscritos originales de nuestros poetas del siglo de oro. Cuando se anunció la venta vinieron comisionados de los Gobiernos de Inglaterra, Francia y Alemania para tratar de comprarla; pero el patriotismo de la duquesa viuda, aunque extranjera de nacimiento, detuvo el golpe, y hoy se ve completamente conjurado con la ley que acaba de promulgarse.

La biblioteca de Osuna será de aquí en adelante parte importantísima de la Biblioteca Nacional.

En este asunto se ha salvado la honra de España.

Siendo ministro el Sr. Moret, creó una Comisión para que redactase un plan general de reformas sociales. Esta Comisión ha redactado un cuestionario, y ahora lo está difundiendo por España para preparar los debates que se celebrarán en Octubre.

¡Reformas sociales! Nuestros publicistas ó publicanos, como ustedes quieran, son fecundísimos para formar frases pomposas. Se tratata, como ustedes ven, de reformar la sociedad, y en efecto, bien lo

necesita, porque los modernos reformadores la han deformado de un modo lastimoso. Pero ¿á qué viene todo ese aparato de cuestiones, de invitaciones, de debates, si el mal está á la vista y el remedio lo tenemos en la mano?

Extirpar de la sociedad todo elemento revolucionario; restablecer las instituciones saludables de lo pasado, según las necesidades de los tiempos presentes; educar cristianamente á los ricos para que sean dadivosos, y á los pobres para que sean dóciles y resignados; en una palabra, restablecer el imperio del Catecismo, destronado por la Revolución, con sus falsos derechos y libertades, y la sociedad quedará perfectamente reformada.

Volver á las buenas formas cristianas y acabar con las deformidades de la Revolución; hé aquí la base de tamaña empresa.

Pero esto es muy sencillo, y hay que emplear dos ó tres meses en hablar, en discursar, en perorar por los codos, para que al fin se quede todo en agua de cerrajas.

Reformar la sociedad no es tan difícil como parece; lo que es difícilísimo y punto menos que imposible, es reformar á sus nuevos reformadores.

Y esto por una razón de peso, hablando en plata: porque tales caballeros comercian con las enfermedades de los pueblos, y han hecho su oficio de extraviar á los hombres de buena voluntad.

Con tales curanderos, la sociedad llegaría á perecer; pero la mentira y la ignorancia son la niebla que levantan las pasiones ó la fragilidad de los hombres, y el sol de la verdad las desvanece con sólo aparecer en el cielo. Roguemos á Dios que pase pronto el eclipse.

NÚLEMA.

CRÓNICA UNIVERSAL



PESAR de la paralización de los asuntos en Roma con motivo de los calores, en el Vaticano no hay descanso para nada. Siguen los preparativos para el Consistorio de Setiembre, en el que se dice que Su Santidad pronunciará una importante alocución, acerca de la cual se guarda absoluta reserva. Como son muchos los asuntos de que ha de tratarse en el Consistorio, es posible que las menos importantes se dejen para otro Consistorio, que se celebrará el 8 de Diciembre.

Su Santidad continúa gozando de buena salud, á pesar de su edad y de sus fatigas. El día 2 bajó varias veces á la Capilla Paulina para ganar la indulgencia de la Porciúncula.

El inícuo despojo de la propaganda está á punto de consumarse. El 1.º de Setiembre comenzará la venta pública de los bienes raíces, que ascienden á cuatro millones de reales. El Gobierno del Quirinal sigue adelante en su obra de iniquidad. ¿Hasta cuándo permitirá el Señor?

La gran novedad de esta decena, el asunto que más llama la atención general, es el relativo á la dirección de los globos, que se supone cuestión resuelta.

Los autores del descubrimiento son, según parece, dos capitanes franceses: Renard y Krebs. El globo en que se han hecho los ensayos pertenece al taller de aerostación que el Gobierno tiene establecido en Châlet-Meudon. Mide unos sesenta metros de largo por diez de diámetro; suspende una plataforma larga de unos cuarenta metros de longitud por tres de ancho; en uno de sus extremos va el aeronauta, y en el otro la hélice propulsora y una máquina magneto-eléctrica de Gramme; la batería eléctrica y el lastre se colocan en el centro de la plataforma.

El ensayo casi oficial, se celebró el día 9 de este mes.

El viento era moderado, y una vez en el aire, ensayaron primero los viajeros el timón, que es una vela de unos diez metros cuadrados, siendo los resultados en extremo satisfactorios, y el gobierno del globo muy fácil y rápido.

Empujado por el viento, fué el globo de Chalet Meudon á Petit Bicêtre, encima de los bosques de Meudon; en este punto quisieron los aeronautas volver al punto de partida, lo que efectuaron haciendo funcionar la máquina eléctrica y el timón, franqueando en cinco minutos la distancia entre ambos puntos, que es de unos tres mil metros, con un resultado verdaderamente maravilloso.

El globo tomó tierra ó fondeó precisamente delante de la puerta de la casilla de madera destinada á guardarlo.

La prensa francesa, escamada con tantos abortos como ha tenido hasta ahora el problema, guarda prudente reserva; pero en París y en los centros

científicos de Europa se siguen con gran atención estos ensayos, que representan uno de los sucesos más trascendentales de la historia.

Lo que sea sonará, y no sonará poco.

El cólera sigue en un período de difusión decreciente, es decir, que le pasa lo que dice nuestro refrán castellano: «el que mucho abarca poco aprieta». En estos momentos se halla extendido por toda la antigua Provenza, en más de veinte pueblos, y por Italia en diez ó doce puntos distintos. La tendencia general es de disminuir en intensidad. Y mientras el cólera se pasea de pueblo en pueblo, los sabios siguen discutiendo acerca de los medios más eficaces de contenerlo.

«El choque de tantas ideas sabias, ha dicho *El Figaro* de París, ha producido alguna luz acerca... de la nada de nuestros conocimientos. El único progreso realizado es el desprecio de todos los remedios preconizados hasta ahora. El alcanfor, que hasta ahora obraba maravillas en las boticas, se ve abandonado á la vez por la moda y la ciencia. El fenol sólo cura por tolerancia; las fumigaciones aplicadas á la especie humana han sido condenadas por la ciencia.

» Se espera con febril ansiedad el resultado del terrible combate empeñado en este momento ante el mundo sabio entre el método seco del doctor Koch y el método húmedo del Sr. Pasteur. Pero hé aquí que un atrevido novador surge de las nieblas de Sproa, y declara la guerra á todas las teorías conocidas y echa por tierra las conquistas médicas.» En efecto, el Dr. Schwachkopf, de Berlín, ha lanzado al mundo sabio una nueva teoría, tan rara como su nombre. Con gran copia de datos sostiene que las cuarentenas, los cordones sanitarios, los desinfectantes y todas las medidas profilácticas que se oponen á la invasión del cólera son, no solamente ineficaces, sino soberanamente peligrosas.

El doctor alemán establece, con ayuda de datos estadísticos referentes á tres cuartas partes del siglo, que el cólera hiere exclusivamente á las personas enfermas, raquíticas, escrofulosas, á los seres humanos de sangre viciada y de compleción débil.

De aquí deduce el doctor que el cólera es un beneficio para los pueblos, un gran depurador, y en cambio, que las medidas higiénicas adoptadas contra él preparan la decadencia física de los pueblos.

Tal es á la hora presente el estado de los conocimientos científicos acerca del cólera. No es ciertamente para enorgullecernos.

Si el Gobierno francés fuese un Gobierno serio, la ruptura entre Francia y China parecería definitiva.

Dicen de Futeheu al *Times* que el Gobierno francés ha rechazado las ofertas de mediación hechas por los Gabinetes inglés, alemán y americano, y que los chinos han retirado su oferta de indemnización, manifestándose dispuestos á hacer la guerra.

De Hong-Kong telegrafian al *Times* que el Gobierno chino ha declarado la guerra á Francia. Habiendo pedido el almirante Coubert dos mil hombres de Tonkín, le ha enviado el general Millot seiscientos hombres y dos baterías de artillería. Un cuerpo de seis mil chinos ha desembarcado en Hochu. Grandes masas se hallan acampadas en la frontera de Kwangsin.

Lo más probable es que entren las cosas en un período como en el pasado, es decir, en una guerra sin declarar, anómala, ridícula, é impropia de una nación de primer orden.

Ahora bien: para que sepan nuestros lectores lo que hay en el fondo de esta guerra, vamos á decirlo en dos palabras.

Tonkín es un país minero de gran riqueza y una poderosa sindicatura de capitalistas, á cuyo frente está un tal Bavier Chauffour, primo hermano del señor Ferry, es quien se ha apoderado de las minas para explotarlas con gran provecho. El ejército francés hace allí falta para guardar las espaldas á los capitalistas y asegurar sus cajas.

De allí escriben lo siguiente acerca de Mr. Bavier:

«Este se ha instalado, gratuitamente por supuesto, en la pagoda situada á orillas del lago, que es un verdadero palacio. Goza de todos los privilegios y ventajas de los oficiales superiores del cuerpo expedicionario. Hay más: el ejército y la marina están á su disposición. Parecerá increíble, pero es cierto. Poco después de su llegada, el Sr. Bavier Chauffour, que ha ido á Tonkín para pedir concesiones mineras, quiso visitar, en compañía de un ingeniero inglés que le acompaña, las minas de Mi-Duc. No sólo se le proporcionaron todos los medios de transporte necesarios, sino que además se le dieron cuatro compañías de escolta á pretexto de hacer un reconocimiento militar en aquella región.»

En esto consiste la política exterior de la república francesa.

De la interior dan idea estos datos. Saben nuestros lectores que, reunidas las dos Cámaras, han reformado en pocos días la Constitución. Pues bien; resulta que, en los diez ó doce días que han durado las sesiones, los diputados y senadores no consumieron menos de 450 litros de aguardiente, 4.000 litros de jarabes y otros refrescos, 800 litros de café frío y de vino viejo de Burdeos, 1.500 kilogramos de hielo, y no sé cuantos miles de botellas de cerveza.

El consumo de esta última llegó hasta tal extremo que fué preciso establecer una cantina especial, en la que el brebaje de Cambrinus corría incesantemente á raudales desde la mañana hasta la noche.

Con tanto líquido, claro está que la Asamblea ha sido una charca de ranas. El árbol de la república debe desarrollarse á *maravilla* con tanto riego.

Un rayo de luz para Francia. Según vemos en el *Boletín* de la obra, los trabajos de la iglesia del Sagrado Corazón siguen con actividad. En el mes de Julio la suscripción ha ascendido á 17.255 francos, subiendo el total de lo recaudado hasta 20 de Julio á 14.318.631 francos 86 céntimos.

¡Bastante más que la suscripción para el templo de Nuestra Señora de la Almudena!

El Gobierno inglés ha sufrido una derrota diplomática con la disolución de la Conferencia; pero en cambio la opinión pública en Inglaterra se muestra adicta al Gobierno en este asunto, compensándole de aquel daño.

Un diplomático, al salir de la última Conferencia, decía:

«Señores, la cosa es clara; Inglaterra quiere apoderarse de Egipto para disfrutar de las ventajas materiales que puede proporcionarle su posesión; pero no piensa en pagar sus deudas.»

Ahí está la habilidad, estar á las dulces y no á las amargas. Pero ¿y la conciencia? Las naciones ó los Estados que se pueden pasar sin Dios, mejor pueden pasarse sin conciencia.

En esto se fundan las grandes teorías del derecho moderno.

El día 10 de Agosto se verificó en Bruselas la grandiosa manifestación católica dispuesta en favor del Ministerio y contra la manifestación liberal celebrada el mismo día.

Pasaron de 6.000 los reunidos en el boulevard del Regente á las diez de la mañana, y luego á este grupo inmenso se fueron agregando las Comisiones católicas de Ostende, de Lovaina, de Amberes, de Tournai, de Nivelles, de Lieja. Si se hubiese avisado con tiempo, hubieran sido más numerosas todavía estas Comisiones.

Después de las doce se unieron á la manifestación católica 2.000 independientes de Bruselas y 1.727 hijos de Gante, que acababan de llegar en el tren de las once y media.

La manifestación se puso en marcha en medio del orden más completo y según el plan trazado de antemano por la autoridad municipal.

Al pasar la manifestación por el ministerio de Justicia, el Sr. Woeste salió al balcón y fué vitoreado con entusiasmo por la muchedumbre. Al pasar la manifestación católica por casa de Mr. Frere-Orban, en prueba de respeto al adversario las músicas suspendieron sus aires patrióticos y las masas populares se descubrieron.

Ante el Palacio Real se dieron vivas al Rey y á la Constitución, y se pidió la continuación del Ministerio. Lo mismo se hizo en las Cámaras.

Es incalculable el número de católicos que tomaron parte en esta manifestación. En lo que no cabe duda, es en el fracaso de la manifestación liberal, que sólo reunió unas 3.000 personas, y que atravesó la población en medio de la indiferencia general, lo contrario de lo sucedido á los católicos.

El horizonte de Rusia vuelve á encapotarse. Con motivo del complot de Varsovia, van presas más de cien personas. Casi todos son rusos; uno solo de los presos es católico polaco, y aún no se sabe si será inocente.

Dos oficiales del regimiento del Emperador Guillermo complicados en el complot, se han matado. Bardefiski, en cuya casa se ha encontrado dinamita, vivía en una calle por la que tenía que pasar el Emperador al llegar á Varsovia.

La mayor parte de los detenidos son oficiales del ejército; los restantes empleados y estudiantes, y se cree que los rusos enviados para reemplazar á los polacos con jacas de paso están afiliados al nihilismo.

Posteriormente á estas noticias, el telégrafo nos ha dado la noticia de que los nihilistas han hecho saltar el polvorín de Kazán y cinco edificios en donde estaban instaladas varias oficinas públicas.

Después añadía el telégrafo con su acostumbrado laconismo: «Se han contado cerca de cien víctimas. Se temen nuevas explosiones.»

En efecto, se dice que han sido voladas varias casas de San Petersburgo. La Revolución es implacable. Ella enseña cómo ha de ser tratada por los Gobiernos que quieran la salud de sus pueblos.

La conferencia de los emperadores de Alemania y Austria en Isch, ha sido larga y cordialísima. Los periódicos franceses con marcado recelo han publicado la noticia de que el príncipe de Bismarck, y el conde de Kalnoki en representación de Austria, se han puesto de acuerdo relativamente á las medidas comunes que se han de tomar contra los anarquistas. Ojalá se confirme y la cosa vaya de veras.

Si tiene ó no origen masónico, no es de este momento; pero es el caso que en Berna se halla reunido un Congreso de arbitraje internacional, nueva forma que han tomado aquellos Congresos de la paz de que se reía Europa hace algunos años, y que no sirvieron para impedir ninguna guerra.

El Sr. Gladstone ha enviado su adhesión al Congreso de Berna; pero esta adhesión, después del fracaso de la conferencia de Londres, no puede dar al Congreso grandes esperanzas de que sus acuerdos puedan ejercer influencia en Europa.

Es una de tantas farsas como hoy hacen su papel en el mundo, dominado por el que es padre de la mentira.

M. RIERA.

CARTA DE CONFIANZA

SR. NULEMA:



Muy señor y buen amigo mío: Ante todo le pido perdón por la *irregularidad* que voy á cometer, destinando el espacio que se me ha concedido en las columnas de esta Revista á la inserción de una carta en vez de un artículo. Es una especie de transferencia de crédito, ni más ni menos que las que se usan en la administración pública.

Cuento desde luego con un *bill* de indemnidad del director de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA por esta transgresión de la ley periodística, como el ministro de Hacienda cuenta anticipadamente con la aprobación, en su día, por las Cortes de la alteración hecha en la ley de Presupuestos.

Y voy al asunto.

Apenas repuesto de mi última indisposición, he leído, con el placer que me causan siempre sus escritos, la *Revista* del penúltimo número de LA ILUSTRACIÓN... No se ponga usted colorado, que ni trato de ofender su modestia con elogios que usted no necesita, ni todos serán elogios en esta carta.

Digo, ó iba á decir, que he leído con gusto su artículo-*revista* y que estoy en un todo conforme con las ideas, apreciaciones y censuras que en él se contienen, cuando habla usted por cuenta propia.

Pero hay un parrafito, el último, en que habla usted por cuenta ajena, y este parrafito es el que, sin dejar de ser en el fondo oportuno y justo, me da ocasión para dirigirle esta epístola con ribetes de protesta.

Un amigo le ha llamado á usted la atención sobre el carácter de los circos que funcionan en Madrid durante el verano, circos que ese mismo amigo considera como dignos de la Roma pagana.

Sobre este asunto discurre usted luego con gran acierto, y nada nuevo podría yo añadir á sus atinadas reflexiones. Con lo que no estoy conforme es con la ocurrencia del amigo al querer establecer comparaciones entre nuestros espectáculos modernos y los espectáculos de la Roma antigua.

No me concreto exclusivamente á los circos, sino á todas las fiestas públicas que conocemos en la época presente; y hecha esta ampliación, digo que, prescindiendo de algunos detalles propios de la diversidad de tiempos y de costumbres, ni los espectáculos romanos tienen nada que enseñarnos en lo relativo á la moral pública, ni es justo conceder á aquellos una superioridad relativa sobre los nuestros en materia de rebajamiento de caracteres, corrupción de costumbres, atrofia de sentimientos humanitarios y tendencias perturbadoras de la sociedad, de la familia y del individuo.

Es verdad que en nuestros circos no echamos cristianos á las fieras en el modo y forma que lo hacían los Emperadores romanos para divertir al pueblo; pero esto no quiere decir que anatematicemos las luchas de los hombres con las fieras, sino que, aceptándolas en principio, las hemos acomodado á las condiciones de la época y puesto en armonía con los principios sacrosantos (que así creo

que se llaman) de libertad y de autonomía que hemos conquistado, únicas conquistas que hemos sabido hacer en los tiempos de hogaño.

Hoy no consentiríamos que un Emperador, un Rey ó un Procónsul nos impusiesen la obligación de divertirnos y emocionarnos con las sangrientas peripecias de un combate entre hombres y fieras. Esto sería atentatorio á la dignidad humana.

Otra cosa es que gustemos de esos espectáculos y corramos á ellos en ómnibus, en carretela ó á pie, en uso de nuestra libérrima voluntad y porque nos da la real gana... Y aun esto de *real* no se acomoda mucho al vocabulario político de nuestros días, que ha casi proscrito esa palabra, reemplazándola por otra más eufónica y que se aprende pronto en la escuela de primeras letras constitucionales. No he debido, pues, decir la *real gana*, sino la *gana nacional*.

Conste que si hoy nos divertimos con las luchas de hombres y fieras, no lo hacemos por mandato superior, sino por nuestro libre albedrío. No, no somos nosotros de la pasta de aquellos romanos que se dejaban arrastrar al Circo, al Anfiteatro ó al Coliseo por un déspota coronado para embrutecerlos.

Nosotros, para embrutecernos, nos bastamos á nosotros mismos.

Vea usted, amigo Nulema, si hemos adelantado desde los tiempos de la Roma gentilica, á la que podríamos dar lecciones en esta materia, lejos de tomarla por maestra.

Hoy nadie puede sostener en serio que el pueblo romano concurriese á aquellos sangrientos espectáculos con mayor ansia, con más fervorosa afición ni con más espontaneidad que el pueblo español acude á las corridas de toros.

No negaré que entre estas y aquellas fiestas existen grandes analogías. Unas y otras responden al mismo objeto: recrear el ánimo en la contemplación de los riesgos mortales que corre el prójimo puesto, de grado ó por fuerza, delante de una fiera, y entretener y familiarizar la vista con la sangre vertida, sea por caballos, sea por gladiadores, sea por toros, sea por panteras, sea por diestros libres ó por esclavos torpes.

No hay que olvidar, sin embargo, que los espectadores de nuestras luchas entre hombres y fieras llevan una ventaja inmensa á los romanos.

Para éstos, los seres destinados á perecer en público no eran *prójimos*; eran cristianos, ó reos de muerte, ó prisioneros de guerra, ó esclavos cedidos galantemente por sus dueños, cuando escaseaban los cristianos, para alimentar la diversión favorita del pueblo y los instintos carnívoros de las alimañas.

Nosotros sabemos previamente que aquellos individuos que se presentan en la arena caprichosa y ricamente vestidos, con la frente erguida, la animación en los ojos y la sonrisa en los labios, esperando las fieras con las que han de luchar cuerpo á cuerpo, no son *cosas* ni meros organismos, sino hombres como nosotros (y aun mejores que nosotros, puesto que se atreven á lo que nosotros no nos atreveríamos); son ante la ley divina nuestros *prójimos*, ante la ley civil nuestros iguales, ante la ley social nuestros conciudadanos.

Ahora bien; es preciso convenir en que el pueblo español, al concurrir á la lidia de toros, da mayores muestras de ánimo sereno, de esforzado corazón y de virilidad de carácter ante la eventualidad de ver morir en la plaza á uno de sus diestros favoritos, que el pueblo romano acudiendo á un espectáculo en el que sabía de antemano que no habían de sucumbir *hombres*, sino máquinas animadas, de muchísimo menos valor intrínseco que un león africano ó un cocodrilo egipcio.

Pero como no me propongo aquí hacer un estudio comparativo entre las bárbaras diversiones de la Roma pagana y las diversiones bárbaras de la España cristiana, porque tal trabajo me llevaría muy lejos, renuncio á enumerar analogías entre unas y otras. Únicamente quiero dejar sentado que, comparando aquellos tiempos con éstos, y tomando en consideración los cambios operados en las costumbres, y los decantados adelantos en la educación, y los centenares de kilómetros que hemos corrido por el camino del progreso, no podemos, sin inferir una ofensa á los romanos de *panem et circenses*, sostener que sus espectáculos fuesen más bárbaros, más repugnantes á la naturaleza humana, más contrarios á la moral, más depresivos á la dignidad del hombre, en una palabra, más *nacionales* que nuestro espectáculo nacional.

Me ocurre una pregunta: si la plebe romana, en vez de tener fácil y gratuito acceso á las graderías del Circo y del Coliseo, hubiese necesitado proveerse del correspondiente billete mediante el desembolso de una ó dos dracmas, como sucede al que quiere asistir á las corridas de toros, ¿cree usted de buena fe, amigo Nulema, que no hubiera decaído

la afición y disminuido la concurrencia á aquellos espectáculos? Indudablemente.

Pues compare usted aquello con esto; considere que de año en año se van elevando los precios de las localidades de nuestro Coliseo taurino, y, sin embargo, la afición... ¿qué digo afición? el hambre y sed de toros no disminuyen en nuestro pueblo; antes por el contrario, se acrecienta con afán insaciable.

A decir verdad, no comprendo por qué ese amigo de usted llama Roma *pagana* á aquella gran ciudad, que precisamente no *pagaba* su espectáculo predilecto. Los verdaderos *paganos* somos nosotros, que llevamos algo más que nuestro óbolo al ara de los ídolos de la civilización moderna; que pagamos por un tendido de sol el valor de un metro cuadrado de la púrpura de Tiro, con que se cubría durante la canícula el Circo romano. Allí se daba de balde la entrada y se evitaban las insolaciones; aquí cuesta dinero la primera, y sólo se dan de balde las segundas.

Tampoco puedo conceder, sin hacer traición á mis sentimientos patrióticos, que los espectadores de las fiestas públicas en Roma aventajasen á los de nuestras fiestas taurinas en el desenfreno del lenguaje, en la múltiple variedad de la blasfemia, en la falta de respeto á las consideraciones sociales, en los alardes de mala educación, en las manifestaciones tumultuosas del aplauso y de la censura, en la burla y el desprecio del principio de autoridad, en el descoco é impudicia de las mujeres, ni en nada de lo que constituye el carácter de tales espectáculos.

Si fuera posible resucitar á un romano de la época de Nerón y colocarle en un asiento de tabloncillo de nuestra Plaza de Toros, se avergonzaría de sus coetáneos y tendría que confesar que no eran tan bárbaros como, por espíritu de adulación, han querido suponer algunos historiadores. Tal vez echaría de menos las vestales, que eran el principal ornamento de las fiestas populares del Lacio... En efecto, el gremio ha venido muy á menos entre los aficionados á los toros, y no se encuentra una por un ojo de la cara; pero en cambio el número de *libertinos* es infinitamente mayor en nuestro Circo taurino que el de libertos, libertinos é ingenuos que acudía á todas las fiestas romanas. Váyase lo uno por lo otro.

Y respecto de las mujeres, puede negarse, sin desmentir á los historiadores, que las matronas romanas se presentasen en dichos sitios ni en mayor número que las mujeres españolas en la Plaza de Toros, ni más primorosamente ataviadas, ni más provistas de joyas, ni más desprovistas de humanidad, ni más cubiertas de afeites y polvos, ni más descubiertas de pecho y espalda, ni más resueltas, ni más apasionadas, ni más provocativas, ni más dispuestas á aplaudir frenéticamente al bípido ó cuadrípido que hace derramar más sangre sobre la arena.

No me haga usted, querido Nulema, la objeción de que las patricias romanas se disputaban las miradas, las atenciones y el amor sensual de los atletas y gladiadores que más se distinguían en su oficio, porque no faltará quien le conteste haciendo comparaciones y citando ejemplos que yo no puedo presentar porque he olvidado la historia de Roma antigua, y no he llegado á aprender la historia de España moderna.

Siento que esta carta vaya haciéndose tan larga, porque había pensado decir algo de nuestros circos ecuestres, cuyos espectáculos tampoco merecen la postergación en que el amigo de usted quiere colocarlos respecto de la Roma pagana, por lo que toca á la relajación de las costumbres.

No sólo hemos corrompido las costumbres, sino hasta el lenguaje, y así llamamos *ecuestres* á esos circos donde ya apenas figuran los caballos... Es que hacen falta para morir despanzurrados en el *Circo Nacional*.

Lo que en ellos se exhibe son *amazonas*, *écuyères*, *demoiselles*, *misses* y *señoritas*, que emplean el caballo como un accesorio, como un pretexto para exponer ante el concurso sus formas plásticas y hacer gala de sus lúbricas contorsiones y de sus lascivos ademanes; para dar á la luz pública obras que la naturaleza había destinado á permanecer inéditas.

Lo que allí se ve son robustos mancebos, Antínoos alquilados por horas, Alcides de pacotilla, que ofrecen á los ojos de las pudorosas doncellas materia de observación, no para estudiar el arte, sino para estudiar la anatomía descriptiva.

Lo que allí se aprende es lo que precisamente habría que hacer olvidar á una sociedad degradada, para hacer de ella una sociedad culta y honesta...

Pero veo, amigo Nulema, que se me va la pluma adonde yo no quiero llevarla, y doy fin á esta desordenada carta, cuyo único objeto era vindicar á la pobre Roma pagana del agravio que ha querido in-

ferirla su amigo de usted al comparar ciertos gustos y ciertas costumbres de aquella época con las costumbres y los gustos de la nuestra en materia de espectáculos de verano.

No creo haberlo conseguido, porque también el verano influye sobre mi pobre cabeza, harto debilitada por los pasados inviernos. — *Vale*.

BLAS.

LOS GRABADOS

MR. MALOU

Presidente del Consejo de Ministros de Bélgica.

Nuestros lectores saben que el nuevo Ministerio belga se compone de los jefes ó principales caudillos del partido católico. Después de quince años de tiranía liberal los católicos han logrado un triunfo, que es para Bélgica una resurrección gloriosa. Los españoles no podemos olvidar que en la piedad fervorosa del pueblo belga tenemos gran parte, pues en la época en que este reino perteneció á España fué cuando nuestros católicos Reyes hicieron prodigios para mantener allí incólume la fe contra las asechanzas y maquinaciones de la herejía protestante. Su triunfo es casi un triunfo nuestro.

A la cabeza de esta empresa figura un hombre de mucho mérito, el Sr. Malou, perteneciente á una de las más antiguas familias del país y educado en los sólidos principios de la verdad católica. Mr. Malou tiene sesenta y ocho años, y en su ya larga vida ha luchado incesantemente por sus ideas, ora en periódicos, ora en libros, ya en las Academias, ya en el Parlamento, donde su elocuencia no ha tenido rival por la solidez de las ideas, la energía de su argumentación, y la nobleza y valor de sus sentimientos.

Por desgracia, Mr. Malou está enfermo y no podrá resistir mucho tiempo el peso del Gobierno; pero luego que haya constituido y afirmado el nuevo orden de cosas podrá retirarse dejando un digno sucesor, el Sr. Jacobs, actual ministro de Trabajos públicos.

Quiera Dios que el nuevo Gobierno belga pueda llevar á cabo todos sus saludables planes de reforma. Después de quince años de destrucción constante, mucho es lo que hay que restaurar.

VISTA DEL CAMINO POR DONDE SE CRUZABA HASTA AHORA EL FAMOSO PUERTO DE PAJARES, ENTRE LEÓN Y ASTURIAS.

Mientras preparamos una vista del nuevo camino de hierro que hoy cruza estas temibles montañas, sepulcro de tantos caminantes, publicamos hoy la vista de lo que ha sido el camino para que pueda mejor apreciarse lo que es ahora, después de abierto el ferrocarril que pone en comunicación directa á Madrid con la capital y con la costa asturiana. El puerto de Pajares era uno de los caminos más malos de España, hasta el punto de estar cerrado mucha parte del invierno por las nieves que lo cubrían desde Noviembre. Sus picos más altos tienen una altura de 2.000 metros, y por entre las gargantas de estas altísimas montañas serpenteaba el camino que casi constantemente corría sobre abismos y vericuetos espantosos. La religión, que siempre ha puesto su mano bienhechora en todas las necesidades y peligros del hombre, había levantado un monasterio en lo alto de Pajares, el de Artá, descrito en nuestro periódico, el cual era en estas montañas lo que el célebre San Bernardo en los Alpes, asilo de caminantes y faro que los guiaba en aquellos mares de nieve.

El ferrocarril que acaba de inaugurarse ha salvado estas montañas en un trayecto de 44 kilómetros, en el cual hay 59 túneles, 6 puentes de hierro y 2 de fábrica.

El túnel principal es el llamado de la *Perruca*, comenzado en 1860, pero interrumpido muchas veces, hasta el punto de que se calcula en siete años el tiempo empleado en su construcción. Tiene 4.000 metros de longitud y 1.200 de carga. Le sigue en importancia el *Caprichoso*, de 1.856 metros de largo y 400 de carga, construido en poco más de veinte meses.

LOS CIERVOS SALUDANDO LA SALIDA DEL SOL

(Cuadro de Seiffert.)

Los ciervos son grandemente aficionados al sol, y principalmente á su salida. Diríase que, como los poetas, están enamorados de la aurora. Al anunciarse la salida del luminoso astro del día reúnen en bandos, á veces muy numerosos, y se colocan en dirección del Oriente, contemplando con atención intensa la aparición de la luz, en cuyos primeros rayos parece como que se embriagan, pues cuando el sol está en el horizonte el bando se disuelve con gran algazara, buscando cada cual sus sitios favoritos en la ya alegre montaña. Este sencillo asunto ha sido objeto de un bello cuadro del pintor Seiffert, cuya reproducción en precioso grabado ofrecemos á nuestros lectores.

FACHADA DEL CONVENTO DE LAS RELIGIOSAS DE SAN FERNANDO QUE SE CONSTRUYE EN LOS CUATRO CAMINOS.

En el número del 25 publicamos una vista de la ceremonia de colocar la primera piedra en la iglesia de monjas de San Fernando. Hé aquí el proyecto de la fachada del convento, según los planos del arquitecto Sr. Cubas. Aunque sencilla, es elegante por su misma severidad; y ¿qué más pueden ambicionar estas pobres monjas, que hace catorce años viven poco menos que en la calle, desde que fueron

arrojadas de su convento situado en la calle de la *Libertad*, para construir en él un teatro?

De nuevo excitamos la caridad de las buenas almas en favor de estas monjas, que para tener un convento humilde y una iglesia decorosa se ven obligadas á mendigar la caridad pública. Ya que hoy sea difícil dotar á las comunidades religiosas de conventos que sean verdaderos monumentos artísticos, por lo menos que tengan casas decentes donde vivan con el decoro correspondiente á su clase.

Las monjas de San Fernando, dechado de comunidades por su piedad, su espíritu de penitencia y su caridad inagotable, necesitan tener casa. Las obras están comenzadas; que los fieles que puedan cooperar á estas obras, siendo instrumentos de la Providencia.

CRUZ DE LA CATEDRAL DE CÁDIZ

formada con el pomo de la espada de Alfonso X el Sabio.

(Véase el número anterior.)

En España el sentimiento de la patria se ha formado en el sentimiento religioso, de tal modo que el patriotismo y la piedad forman como un solo sentimiento.

Así, la guerra de la Reconquista es lucha por la fe y por la patria, hasta el punto de que los mismos templos de esa época son verdaderas fortalezas ó castillos en los cuales se guarecían los guerreros españoles para defenderse y luchar contra los infieles agarenos.

Esta unión, esta alianza, es la que representa el monumento á que nos referimos. Acerca de su historia, hé aquí lo que ha escrito el Sr. Martínez de Velasco:

«El hijo primogénito del rey D. Fernando III de Castilla y de León, el que después reinó con el nombre de Alfonso X, y ha merecido en la Historia el dictado de *Sabio*, conquistó el reino de Murcia, peleó en el cerco de Sevilla y condujo sus armas victoriosas, guiadas por el general García de Villamayor y el almirante Martínez de la Fée, hasta la insigne *Gades romana*, la *Augusta urbs Julia Gaditana*, llamada á la sazón *Djecira Cades*, y desde entonces *Cádiz*.

«Amó D. Alfonso á la ciudad conquistada como padre amantísimo á su hija predilecta; reedificóla gallardamente, y aseguróla con fuertes muros y castillo; hizo cuantioso repartimiento de tierras entre sus primeros repobladores, que fueron 300 familias de nobles y pecheros de las montañas de Santander, especialmente de Laredo, San Vicente de la Barquera y Castro Urdiales; concedióla, siendo ya Rey, singulares privilegios y franquicias; erigió, en fin, la primera iglesia cristiana en la ciudad, bajo la advocación de la Santa Cruz, tal vez en memoria de haber sido conquistada la plaza á los benimerines y zenetas de Jacob-Aben-Yussud, que la defendían, el 14 de Setiembre de 1262, día en que la Iglesia celebra la festividad de la Exaltación de la Santa Cruz.

«Aquella primera parroquia, construída en el extremo meridional de la antigua villa, dando su costado al mar, fué erigida en catedral por solicitud del Monarca y bula del pontífice Clemente IV; trasladóse á Cádiz la antigua sede episcopal sidonense, siendo su primer Prelado el fraile franciscano D. Juan Martín á quien consagró el obispo de Avila; dióse á la nueva sede como lugares sufragáneos la ciudad de Medina-Sidonia y las villas de Alcalá de los Gazules, Vejer, Conil, Chiclana y Paterna, y además la isla Gaditana y la región denominada las Alcañices, siendo el río Guadalete la línea divisoria entre el arzobispado de Sevilla y la diócesis de Cádiz; donó también el piadoso Rey á la iglesia catedral de la Santa Cruz magníficos ornamentos, ricas joyas, vasos sagrados y otros objetos de gran valía para el mayor brillo del culto.

«Entre las joyas donadas por aquel ilustre Monarca, honor de España en la bárbara Edad Media, y tan superior á su pueblo y á su siglo que uno y otro le rechazaron porque no podían conocerle y menos comprenderle; por aquel glorioso Monarca que quiso ser sepultado en la misma iglesia de Santa Cruz (aunque sus cenizas reposan en la Capilla Real de la catedral de Sevilla), «para mirar desde allí al Africa, y mostrar á los castellanos el camino de su futuro engrandecimiento»; entre aquellas joyas, decimos, figuraba la espada del mismo Rey, la espada vencedora en Arcos, en Medina-Sidonia, en Castellar, en Jerez, en el puerto de Santa María...

«El pomo de esa espada, preciosa cruz que usa la iglesia catedral en las procesiones más solemnes, reproducen en el grabado de la plana primera, de fotografía de Laurent.

«Pero, andando los siglos, hubo en Cádiz un día de horrible desolación y desventura, en el triste período de las guerras sostenidas por el rey D. Felipe II contra la reina Isabel de Inglaterra; formidable escuadra inglesa, á las órdenes del almirante conde de Essex, presentóse á la vista de la ciudad al amanecer del 30 de Junio de 1596; y aunque los gaditanos y los vecinos de los pueblos inmediatos se apercebieron á la defensa, la población se rindió y fué entregada al saqueo, «llevándose los invasores á sus naves la artillería y efectos de guerra, las alhajas y hasta las campanas de las iglesias, todos los objetos de valor que pudieron hallar, rompiendo y quemando lo que consideraron como inútil»; y en el día 16, recelando de los numerosos refuerzos que acudían en socorro de la desdichada plaza, «pusieron fuego á la población y la redujeron á cenizas en más de una tercera parte, pereciendo los archivos y 685 casas, templos y edificios notables.

«Según el concienzudo historiador de Cádiz D. Agustín Orozco (que escribió su obra á principios del siglo XVII), en su tiempo no quedaba en la iglesia catedral «más que una gran cruz de cristal, cuya última pieza era el pomo de la espada del Rey», y este pomo (añade D. Pedro de Madrazo, en *Recuerdos y bellezas de España*, tomo *Sevilla y Cádiz*, pág. 512) «fué robado por los ingleses en el saqueo de 1596».

Añade este último docto académico, en la pág. 544:

«En aquel infausto saco é incendio perecieron, no sólo las joyas de Alfonso X; sino las que donó el obispo D. Antonio Zapata, despojando de ellas á su casa y su servicio, y sólo se salvaron una custodia y una cruz de manga, de bella y gentil hechura por todo extremo, aunque maltratada por el humo y abollada, á causa de haber sido escondida en una bóveda.»

«Los más modernos historiadores de Cádiz no mencionan siquiera la cruz del pomo de la espada; el doctísimo literato D. Adolfo de Castro en su *Historia de Cádiz y su provincia desde los tiempos más remotos hasta el día* (Cádiz 1858), aunque dedica muchas páginas á describir, con gran copia de datos, los dolorosos acontecimientos de 1596, no indica siquiera que aquella joya histórica y artística fuese robada por los invasores ingleses, y tampoco lo indica D. José Rosetty, autor de la última *Guía de Cádiz*.

Es lo cierto, en suma, que el rey D. Alfonso X donó su espada á la catedral de la Santa Cruz, y que hasta el presente se considera como auténtica, como verdadera empuñadura de aquella espada, la preciosa joya que reproducimos en dicho grabado.»

SAN JUSTO Y PASTOR

(Siglo IV, 6 de Agosto.)

I



AMÁS las semillas de la virtud y la santidad sembradas por la mano de una madre en el alma de sus hijos dejará de producir hermosos frutos ó flores, perfumadas con el aroma del bendito cielo.

Las primeras ideas que agitan la mente, los primeros sentimientos que hacen latir el corazón, debidos siempre á los effluvios del alma de una madre, son la base del porvenir, de las aspiraciones de la vida entera y del eterno fin.

¡Dichosos, pues, dichosos los que reciben la existencia en el seno de una madre cristiana, que sabe poner con las primeras oraciones en nuestros labios la fe y la caridad y la esperanza en nuestro corazón!

La historia tan pura como corta de los dos tiernos niños que llevaron en la tierra los nombres de Justo y Pastor, y que tienen en el cielo el título de santos, es la prueba más incontestable de esta verdad, manifestando asimismo que Dios se vale de los débiles para mostrar la omnipotencia de su poder.

Los dos vieron la luz en el hermoso suelo de España; de esta noble nación, cuna de tantos sabios, de tantos héroes y de tantos mártires.

La ciudad de Cómpluto, llamada después Alcalá de Henares, tuvo la dicha de que en ella vieran la luz primera.

En su hermoso suelo corrieron los primeros años de su infancia, protegidos por la sombra de su modesto hogar y por el amor inalterable de su santa madre.

El uno contaba nueve años, y siete no más el otro. Los dos eran hermosos como el capullo de la flor, y dóciles y humildes como el blanco cordero que trisca alegremente por el verde prado.

Sus horas transcurrieron entre los estudios de las primeras letras, las caricias maternas y los pueriles juegos de la infancia.

Un sentimiento, sin embargo, dominaba en aquellos tiernos corazones sobreponiéndose á los demás: el sentimiento de la religión, de la fe cristiana, de Dios.

Este era el primer nombre que pronunciaban al despertar; y por las noches, cuando la sombra descendía á la tierra, cuando las aves y los insectos y los arroyos suspendían sus cantos, sus rumores y sus murmullos, el ángel de los divinos amores sonreía con celeste júbilo, escuchando el nombre de la Virgen María suspendido en aquellos labios.

Alguna vez, entre las vagas sombras del sueño, habían visto un blanco querubín que á lo lejos, muy á lo lejos, les mostraba una mansión llena de luz eterna, de perpetuas flores, de inalterables alegrías, y que batiendo las alas les tendía una mano para que arribasen á su lado, mientras que con la otra les ofrecía á entrambos una misma palma y dos lucientes coronas, que colocaba sobre sus sienes.

Luégo aquellas visiones pasaban, dejando sin embargo un anhelo indecible en sus almas.

¡Ay! ¡Era que su espíritu puro y creyente entreveía ya la inmensa gloria que el Señor les tenía preparada!

La Iglesia de Jesucristo, perseguida entonces por décima vez en el reinado de Diocleciano, gemía oprimida bajo el poder del tigre imperial, cuyos decretos llenaban los cielos de mártires y confesores.

Desde la impura corte de Roma se dictaban sentencias, se publicaban edictos que, corriendo con

la celeridad del rayo, llegaban á estremecer las lejanas provincias tributarias de la entonces señora del mundo.

La altiva España tuvo que pagar también su tributo en aquel impuesto de sangre; también recibió órdenes apremiantes para la extinción de los cristianos, y Daciano, uno de los más encarnizados enemigos de la cruz, vino á profanar la tierra bendita que la inmaculada madre de Dios santificó después, asentando en su suelo la divina planta.

Aquel hombre feroz regó con sangre y lágrimas las calles de Zaragoza, y dejó su recinto sumido en luto y muerte, y espanto y terror.

Pero no satisfecho aún, quiso buscar en otro espacio nuevas víctimas y campo más ancho donde ejercitar su crueldad. Cómpluto, pues, fué el puesto elegido por el terrible enviado de Diocleciano, y allí se dirigió precedido de su justa fama de sanguinario y cruel.

II

Era la mañana de un día caluroso de Agosto. El sol, envuelto entre blanquecinas nubes, lanzaba sobre la ciudad sus rayos de fuego aunque sin brillo ni alegría.

La tierra estaba seca; los arbustos, amarillos y empolvados; las flores lánguidas y mustias, y sin aroma.

Dos niños cubiertos con unas túnicas de lana oscura, y llevando sus pequeños cartapacios bajo del brazo, salieron de una modesta casa, y cruzando algunas calles se encaminaron á una de las escuelas más céntricas de la población.

Eran Justo y Pastor, que dejaban su hogar para ir á recibir sus lecciones acostumbradas.

Algunos grupos de gente esparcidos en el camino vinieron á llamar su atención; pero los dos niños prosiguieron su marcha, y un instante después entraban unidos como siempre en la morada de su maestro, donde se hallaban ya reunidos multitud de niños de todas clases y de todas edades.

Sentáronse modestamente en un banco algo separado de los demás, y empezaron á escribir en unas hojas de pergamino con tan notable aplicación, que bien pronto habían terminado casi la mitad de su trabajo.

De pronto un ligero rumor se dejó oír en la parte exterior, y algunos de sus condiscípulos dejaron sus puestos, y se asomaron á las anchas ventanas para ver lo que significaba aquel tumulto...

— ¡Oh! Mirad, mirad — gritó el mayor de aquellos niños, casi hombre ya y próximo á terminar sus estudios. — Es el gobernador que ha llegado de Zaragoza, y que se dirige á la plaza de la ciudad para juzgar públicamente á los cristianos.

— ¿Y los castigarán en presencia del pueblo también? — preguntó otro de la misma edad que se hallaba á su lado.

— ¡Ya lo creo! Para eso se encamina allí.

— ¡Desgraciados! — murmuró el primero.

— ¡Quién sabe si su suerte es más digna de envidia que de lástima!

— ¿Por qué?

— Porque si tienen el noble valor de perseverar en su fe, los sentenciarán á morir.

— ¡Sí; ¿y entonces...?

— Entonces cerrarán sus ojos en la tierra para abrirlos en el cielo, tendrán la gloria de ser mártires y de morir por Aquel que derramó su sangre para borrar las culpas de la humanidad. ¡Oh amigo mío! Yo creo que no hay dicha mayor, ni puede aspirarse á más grandeza.

Justo y Pastor escuchaban en silencio estas palabras, y sus tiernos corazones latieron al par, impulsados por un mismo sentimiento.

— ¿Has oído, hermano mío? — preguntó el primero muy quedo.

— ¡Sí! — respondió el otro — no he perdido una palabra.

— ¡Qué hermoso sería morir por Jesucristo! — añadió con santo entusiasmo.

— ¡Y ver á la santa virgen María, madre amorosa de los niños buenos!

— Y quedar libres de los peligros de la vida, yendo á refugiarse en el seno de Dios.

— Y ser en el cielo coronados de rosas, como aquellos preciosos ángeles de que nos habla nuestra madre.

— Y no tener más empleo que elevar himnos de alabanza al Todopoderoso.

— Y tener blancas alas para volar por los espacios.

Los dos callaron un momento, viendo pasar ante su pura mente todas las bellas imágenes, todas las santas esperanzas que su madre les había enseñado á vislumbrar después de esta existencia de amargura, que es un breve día en el tiempo de la eternidad.

Justo fué el primero que levantó la cabeza y exclamó:

— Si tuviésemos valor, todo esto podría realizarse.

— ¿De qué modo? — preguntó Pastor.

— Yendo á buscar al gobernador y diciéndole que adoramos á Dios.

— ¿Y cuándo?

— Hoy mismo.

— Yo soy capaz de hacerlo — exclamó el más pequeño con un generoso arranque.

— ¡Y yo también! — añadió el mayor con más energía.

Y por un movimiento simultáneo se levantaron de sus asientos, se despojaron de sus cartapacios y salieron de la estancia sin que ninguno se apercibiese de su salida, preocupados como estaban con los acontecimientos exteriores.

Al ir á traspasar el dintel de la puerta:

— Hermano mío — dijo Justo tomando la mano de Pastor — pidamos á la Virgen y al ángel de la guarda que venga con nosotros; ya sabes que nuestra madre dice que sin este auxilio nada bueno se puede hacer.

Y los dos, inspirados por un mismo pensamiento, doblaron las rodillas y dirigieron al cielo una ferviente oración.

¡Oh! Aquella candorosa plegaria llegó sin duda á los pies de la reina de los serafines, y Pastor y Justo pudieron oír en el fondo de sus almas un eco imperceptible y suavísimo que les decía: «Pronto, hijos míos, pronto os anegareis en el mar infinito del amor divino; pronto reclinareis la sien en mi regazo inmaculado, y seréis como dos flores nacidas de una misma rama y colocadas en un búcaro de oro para perfumar el sagrario de Dios.»

III

En medio de la ancha plaza del pueblo, y rodeado de soldados y guardias, se había levantado un tribunal para juzgar á los hijos de la Cruz.

Sobre un estrado, elevado del suelo lo suficiente para que la multitud viese sin perder un detalle á los jueces y á los acusados, á los verdugos y á las víctimas, se alzaba un magnífico dosel de púrpura, que cobijaba bajo sus amplios pliegues el asiento de Daciano.

A su derecha, sombríos como el remordimiento y terribles como la muerte, se podían contar media docena de sayones, atormentadores y verdugos, esperando una seña de su señor para cumplir su odioso deber.

Una muchedumbre inmensa llenaba el espacio y obstruía las bocacalles que aflúan á la plaza, cuando Justo y Pastor llegaron allí.

Los dos niños se abrieron paso á través de aquella muralla humana, y protegidos por su corta edad y por su agilidad infantil, llegaron casi al centro de aquel círculo, y muy próximos á Daciano.

En la cándida fisonomía de aquellas tiernas criaturas se pintó un terror infinito; pero ni uno ni otro vacilaron en su santo propósito, y permanecieron allí con las manos enlazadas, como para prestarse mutuamente valor.

De pronto una voz dulcísima y argentina se dejó oír en el espacio, estremeciendo á la multitud.

— ¡Era una virgen cristiana, que exhalaba su aliento postrero bendiciendo á la madre de su Hacedor!

— ¡María, reina de los mártires, bendita seas! — fué su palabra postrimera.

— ¡Bendita sea! — gritaron á la vez Justo y Pastor, sin ser dueños de contenerse al escuchar el nombre de ¡María bendita sea!

Esta santa exclamación, nacida del alma, fué á morir en los oídos de Daciano, que gritó volviéndose rápidamente:

— ¿Quién se atreve á hablar de ese modo? ¿quién osa en mi presencia proferir semejantes palabras?

Y sus ojos, en que ardía la cólera, giraron en derredor con expresión amenazadora.

Por un movimiento simultáneo la multitud se apartó de los dos hermanos, dejándolos casi solos ante la mirada del terrible prócer. Ellos se mantuvieron inmóviles allí.

— ¿Sois vosotros los que acabáis de repetir las últimas frases de esa cristiana? — preguntóles con expresión de desdén y altivez.

— ¡Sí! — contestó Justo con increíble firmeza — nosotros hemos bendecido como ella á la Madre de Dios.

— ¿Y por qué habéis seguido su ejemplo?

— Porque somos cristianos también — respondió el pequeño Pastor con acento puro y dulcísimo.

Y los dos, estrechándose uno contra otro, fijaban en el gobernador la mirada, en la cual, á la par que su inocencia, se leía un placer celestial.

— Quitad de ahí á esos rapaces — dijo Daciano di-

rigiéndose á los soldados; — son tan niños que no saben lo que significan sus palabras.

— Te engañas, señor; sabemos que así se llama á los que creen en Jesucristo, en Aquel que, siendo Dios uno y trino, quiso nacer de una Madre virgen y dar su sangre para salvarnos.

— ¡Oh! Es preciso que os retractéis de cuanto acabáis de decir; si no, el verdugo se encargará de hacer enmudecer vuestra lengua y no moverse sino para pedir misericordia.

— Sí, la pediremos, pero será para tí y los tuyos, que así desconocéis la verdad.

Exasperado el gobernador por las respuestas que sin duda en aquel instante ponía el Espíritu Santo en boca de los dos hermanos, ordenó que fuesen azotados, tratándolos como á verdaderos niños, y limi-

tando á esto su castigo en presencia de la multitud.

La espalda de Justo fué descubierta, y Pastor quedó despojado de su túnica, mostrando su delicado cuerpo, blanco y transparente como la hoja de la azucena.

— ¡No tengáis lástima! — gritó Daciano con repugnante frialdad, viendo que hasta los mismos sayones empezaban á vacilar; — ¡no tengáis lástima, y escarmentad á esos miserables pequeñuelos que intentan resistir á mi voluntad!

Aquel hombre fué obedecido.

En el cuerpo inocente de los santos hermanos brotó la roja sangre á impulsos de los rudos golpes que descargarón sobre ellos.

¡Hasta el bello rostro y la purísima frente, que hasta entonces sólo habían sentido el contacto de

las caricias y los besos maternos, se vieron desgarrados y contraídos por el dolor!

Las tiernas víctimas de Daciano apenas podían sostenerse en pie.

Este comprendió que el pueblo empezaba á murmurar ante aquella crueldad.

— ¡Basta! — dijo á los verdugos; — ya estarán arrepentidos y dispuestos á sacrificar.

— ¿Adorar á vuestros dioses? ¡nunca! ¿Olvidar nuestra fe? ¡jamás! — murmuraron los dos hermanos sin vacilar un instante.

Un rugido de furor se escapó de los labios del tirano.

— ¡Qué mueran! — exclamó — ¡que mueran de un solo golpe!

A estas palabras terribles respondió un grito in-

EL ANTIGUO PAJARES.



VISTA DEL CAMINO POR DONDE SE CRUZABA HASTA AHORA EL FAMOSO PUERTO DE PAJARES

ENTRE LEÓN Y ASTURIAS.

discriptible desde uno de los extremos de la plaza, y una mujer, pálida y con los ojos dilatados por el espanto, se lanzó por entre la multitud, repitiendo con voz doliente:

— ¡Mis hijos!

¡Ay! Aquella mujer era la madre de los tiernos mártires, que iba á presenciar su doliente agonía.

Ella venía buscándolos, cuando el eco de aquella voz querida había llegado hasta su oído.

— ¡Mis hijos! — repitió avanzando, sin cuidarse de cuanto la rodeaba.

De pronto se detuvo: había visto á Justo y Pastor pálidos, ensangrentados, próximos á morir.

La leona herida, la tigre hircana á quien arrebatan sus cachorros no lanzaría un grito más imponente

te que el que se escapó de los labios de aquella infeliz.

Los soldados que sujetaban á los niños se hicieron un paso atrás por un movimiento involuntario.

— ¿Quién os ha maltratado? ¿quién os ha puesto así? — exclamó cogiéndolos entre sus brazos y besándolos con delirio.

— ¡Sangre! — murmuró medio loca, viendo manchadas sus manos al contacto de sus hijos; — ¡sangre! ¡misericordia! ¡misericordia para ellos!

— ¡No la esperes! — contestó el inexorable representante del César; — no la esperes; han insultado mi poder confesando que adoran al Crucificado.

La cristiana lo comprendió todo.

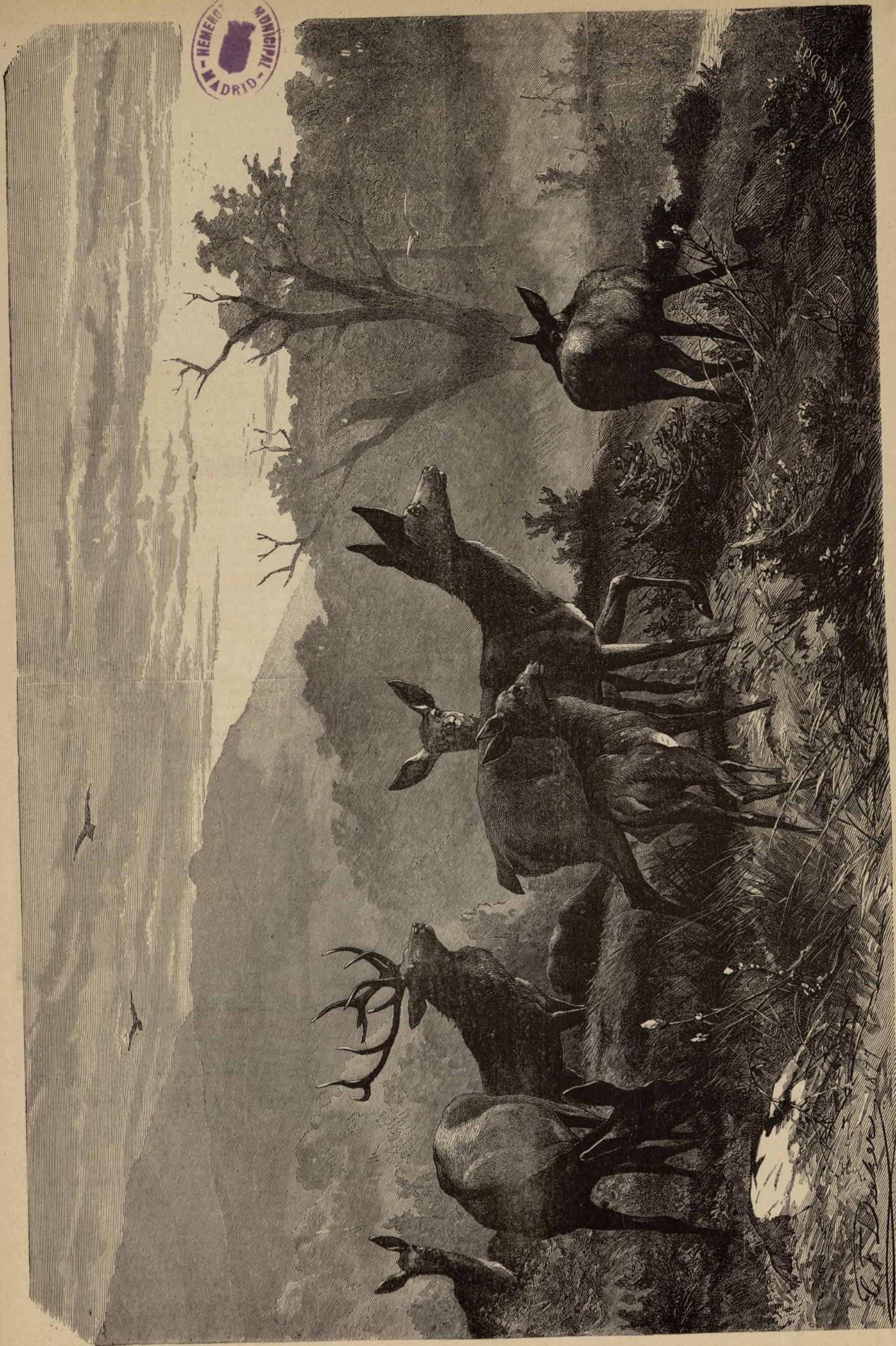
¡Oh! ¡Qué grande, qué sublime le pareció la acción de aquellos ángeles, publicando su fe y sosteniéndose firmes en ella á pesar de su corta edad!

Pero ¡ay! ¡qué grande le pareció también el sacrificio de su amor de madre! ¡qué amarga la copa que debía apurar!

— Si quieres que tus hijos vivan — gritó Daciano adivinando la lucha que se libraba en su corazón — si quieres que tus hijos vivan, mándales que sacrifiquen á los dioses, y jura que les harás olvidar las doctrinas de esa nueva ley.

— ¿Es á ese precio sólo al que me concedes su vida? — preguntó lentamente aquella mujer.

— ¡A ese tan sólo! — dijo con rapidez Daciano. — Entonces... ¡benditos seáis, hijos míos, por



C. F. Dukes 1877

haber aprovechado las lecciones que os di! ¡Benditos seáis, que queréis morir por Dios! ¡Benditos seáis, hermosas flores de mi vida, que nacidas de este pobre tronco vais a derramar vuestra esencia a los pies de la Madre de Dios!

— ¿Qué dice esa mujer? — preguntó admirado el tirano.

— Que yo también puedo morir con ellos, porque he cumplido dignamente la misión de una madre cristiana, devolviendo a Dios dos mártires en vez de los ángeles que me confió.

Daciano, dominado por el furor, dió una orden rápida é imperiosa, y Justo y Pastor fueron arrancados de seno materno.

Un instante después, aquellas dos tiernas y hermosas cabezas caían al suelo separadas del cuello por un solo golpe.

La madre cayó sin sentido y rodó también por la arena.

¡El espíritu estuvo pronto, pero la carne era flaca! Cuando volvió en sí, se hallaba cargada de cadenas y sumida en una prisión.

En cuanto á ellos... ¡oh! ¡cuán hermoso debió ser su triunfo al entrar asidos de las manos en la patria celestial!

¡Qué gloria, qué bien, qué delicias encontrarían en la eternidad!

La muerte de estos dos inocentes mártires, fué una señal de paz para la tierra en que nacieron.

Pues confundido el pretor por aquella firmeza que no había logrado vencer, y comprendiendo que en la patria que alienta tales espíritus pocos progresos le es dado hacer al paganismo, abandonó la ciudad, siendo Pastor y Justo las últimas víctimas de su barbarie.

La marcha de Daciano hizo fácil á los hijos de Jesucristo el recoger los cuerpos de los tiernos mártires, y aun el edificar en el sitio en que murieron una iglesia, dedicando uno de sus altares á Justo y otro á su inocente hermano.

Su martirio acaeció en el año 304 y el día 6 de Agosto, según consta del código veronense y de las actas del Martirologio.

La ciudad natal de los dos Santos perdió después el nombre de Compluto, adoptando el de Alcalá de Henares, y la iglesia y los altares edificadas en honor de Pastor y Justo quedaron destruidos por la mano implacable del tiempo.

Dios, sin embargo, no quiso que se borrara de la memoria de los hombres la santa muerte de los dos hermanos, y escogió como instrumento de sus designios al Rdo. Asturio, metropolitano de Toledo, al que en un sueño misterioso reveló el lugar en que se hallaban enterrados, inspirándole al par un vehemente deseo de descubrirlos y darles culto.

Así lo hizo, dirigiéndose sin pérdida de tiempo á Alcalá, donde, una vez encontrados los restos de los santos mártires, mandó reedificar la iglesia consagrada á su culto, erigiéndola en silla episcopal y permaneciendo cerca de ella el resto de su vida.

En la irrupción de los sarracenos, y para librar los cuerpos de estos Santos de crueles profanaciones, fueron trasladados á diferentes puntos de España, quedando al fin en la ciudad de Huesca, donde se veneraban con singular devoción.

En el año 1567, el rey Felipe II consiguió que la mitad de los benditos restos de San Justo y Pastor fuesen devueltos á su primitivo lugar, autorizado por un breve del Sumo Pontífice Pío V.

Alcalá de Henares recibió aquel precioso tesoro con muestras de una ferviente y tierna devoción, y le conserva aún bendiciendo á Dios, de quien recibe mil favores por la intercesión de estos Santos niños, estrellas puras y brillantes del cielo de la cristiandad.

CUÁL DEBE SER LA ACCIÓN DE LA IGLESIA

EN LA SITUACIÓN ACTUAL DE LAS CLASES OBRERAS

Y CUÁLES SON LOS DEBERES DE LAS CLASES ELEVADAS

Discurso pronunciado por Mons. Mermillod en la iglesia de Santa Clotilde.



MIENTRAS que el corazón humano siente en todas partes á Nuestro Señor Jesucristo, adorable Redentor del mundo, las mezquinas y estrechas concepciones de la razón tienden á apartarle de este objeto sagrado y de este término final.

En sus sufrimientos y soledades se levantan hacia Aquél, único capaz de darle familia, riqueza y dig-

1. Ahora que se ha puesto á discusión el tema de la mejora de las clases obreras, para lo cual hay nombrada una Comisión de real orden, nos parece oportuno traducir el siguiente elocuentísimo discurso del sabio obispo de Friburgo, Mons. Mermillod.

nidad; porque si Jesucristo es el asilo de los desamparados y de los que gimen sin honra ni esperanza, es también el principio sólido y fecundo de toda vida social.

¡Fatal error el de la Revolución, arrastrar á la humanidad por impetuosa corriente á buscar en sí misma las eternas soluciones que la faltan!

Sin Jesucristo, todo es objeto de discusión en el corazón y en la sociedad. Nuestro siglo ve levantarse delante de sí el terrible problema de la desigualdad de condiciones, nudo de las dificultades actuales, enigma del mundo moderno en la región de las ideas y de la realidad. Cualesquiera que sean las ilusiones con que pretendamos satisfacer nuestro reposo, de cuando en cuando siniestros resplandores revelan la profundidad del mal que nos amenaza, apareciendo entre el rico y el pobre constante antagonismo, sordo y latente á veces, otras público y formidable.

Al través de nuestras agitaciones presentes, la mirada que quiere penetrar en el fondo de las cosas comprende bien pronto que la cuestión social es la última palabra de todas nuestras luchas. Todos repetimos que alcanzamos una época de transición, que una vieja sociedad se desmorona y que una nueva se forma. De aquí las dudas y vacilaciones: arriba, vivas alarmas; abajo, ardientes y apasionadas aspiraciones. Fórmense escuelas y partidos, y cada cual se pregunta si el mundo va á convertirse en campo de batalla, ó si va á afirmarse un tratado de paz entre los ricos y los pobres.

El espíritu cristiano y nuestra actividad personal deben llevar su vivificante concurso á la solución pacífica de tan innumerables problemas.

No os extrañéis, pues, que la cátedra sagrada los aborde con animosa franqueza, y que reclame el derecho de disipar sus tinieblas y de contrarrestar sus amenazas. Si es honra de nuestro siglo plantearlos, eterna honra es también de la Iglesia sondearlos con valor y resolverlos con energía. ¿Quién ha de unir las manos del que posee y del que trabaja? ¿Quién sino Jesucristo?

San Hilario reclamaba del Episcopado dos grandes cualidades: el valor de decir la verdad, y la oportunidad de enseñarla. No hace mucho que ante Su Santidad Pío IX, que me consagraba Obispo, hacía yo juramento de no faltar jamás á la verdad por adulación, ni por miedo; juramento que acabo de cumplir delante de vosotros al hablaros de esta cuestión terrible y amenazadora, que se llama la cuestión social obrera.

Muy lisonjero me es hacerlo en este recinto, donde otras veces tan benévolas simpatías rodearon mi cátedra y acogieron mi palabra. Sí, mis queridos hermanos; muy lisonjero me es tratar este asunto ante tan ilustre y brillante auditorio, y repetiros la sublime y gran responsabilidad que pesa sobre las clases ricas y elevadas.

¿No ha de ser consolador para los pobres saber que en nuestros días los felices y poderosos son capaces de oír las lecciones que proclamaba San Juan Crisóstomo, y que Bossuet hacía resonar en la esplendorosa corte de Luis XIV?

Mi voz, que no es más que débil eco de aquellas grandes almas, será escuchada por vosotros con docilidad cristiana, no viendo en la franqueza de mis palabras sino un acento de reconocimiento y ternura.

¿Cuál es, pues, la situación actual de las clases obreras?

¿Cuál puede ser la acción de la Iglesia?

¿Qué parte de actividad y qué deberes incumben á las clases elevadas de nuestra época?

Tales son los problemas que trataremos de estudiar con la ayuda de Dios, y vuestras buenas y fieles simpatías.

¡Jesus mío, Maestro y Salvador, que estás á la derecha del Dios Padre! ¡Tú que en Nazareth, brillante heredero del cetro de David, á la vez que oscuro trabajador, armado del escoplo de José reuniste sobre tu frente y en tus manos la diadema real y el instrumento del obrero! Bendíceme, y haz que en tu corazón se fundan el rico y el pobre en dulce y pacífica alianza, para mayor gloria tuya y salud de los pueblos.

I

¿Cuál es la situación actual de las clases obreras? ¿Cuáles son sus peligros y los nuestros? ¿Son una amenaza para la sociedad?

La desigualdad de las condiciones es un hecho social y necesario. El espíritu humano tiende á rebelarse contra la necesidad de este hecho, y protesta de él de un modo unánime. ¿De dónde procede esto? ¿Por qué desde Adán, al paso que algunos hombres se encuentran por su origen rodeados desde la cuna de todas las comodidades de la vida y de los mil atractivos del lujo, otros se ven deshe-

redados de los bienes y de los honores de este mundo, morando en pobres habitaciones y careciendo frecuentemente hasta del necesario sustento de su mezquina existencia? ¿Cuál es la causa de fenómeno tan extraño?

La solución más antigua es la de los indios, que clasificaban á los hombres en diferentes castas: los sacerdotes, según ellos, procedían del cerebro de Brahma, y como tales tenían el derecho de ocuparse en los trabajos del pensamiento, de la ciencia y de las artes; los guerreros provenían del pecho, y eran los defensores de la patria; otros nacían del vientre, y eran los agricultores é industriales; y los menos privilegiados, salidos de los pies, eran los artesanos y trabajadores. Todos en esta genealogía tenían un reflejo de la Divinidad.

El mundo pagano encontró otra solución. Dividió la especie humana en dos clases: libres y esclavos. No nos cansaremos en demostrar el envilecimiento que llevaba consigo la esclavitud en el seno de las sociedades antiguas. Los mismos filósofos que en ocasiones se preguntaban si aquellos seres desgraciados tenían alma, los miraban más bien como propiedad que como personas. *Non tam persona quam res.*

Apareció entonces Jesucristo, el eterno amigo de las almas, el protector de todos, de los débiles como de los poderosos. Dirigiendo una mirada sobre la humanidad vióla dividida en dos campos, y descendiendo de las alturas celestes fué á colocarse entre los desamparados y humildes. Según las palabras de Bossuet se identificó con la pobreza, y hasta la sublimó proclamando en Belén la dignidad del pobre y en Nazareth la nobleza del trabajo.

Desde la venida del Redentor, el pueblo no ha cesado de caminar á su perfeccionamiento; es la inmortal levadura del Evangelio, que se agita en sus entrañas y que lo impulsa á elevarse de continuo. La esclavitud antigua formaba una unidad social, impía, pero cierta.

En la Edad Media, el siervo, el vasallo de la gleba, se convierte en trabajador que organiza las corporaciones obreras. Una jerarquía universal, una coordinación de fuerzas, una solidaridad general, estrechan á todos los miembros sociales. En estas edades de fe, el obrero tenía su lugar y su honor.

Iba á la iglesia que había construido con sus manos; arrodillábase con el rico al pie de los mismos altares, entonando los mismos cánticos, viviendo de la misma fe en la sublime igualdad de doctrinas, esperanza y amor cristiano. El siglo XVIII se levantó saturado de malas ideas y peores pasiones.

Pero imbuído de inspiraciones generosas, deshizo la antigua sociedad, derribando todas las viejas instituciones con sus abusos, pero también con sus beneficios. La independencia del individuo fué proclamada y destruida la solidaridad; el hombre quedó libre, pero solo, entregado á un poder más ó menos concentrado, según las épocas.

La libertad y la independencia no bastan á un ser enfermizo, á quien persiguen todos los días las necesidades de un alimento que satisfaga su estómago y de una casa que lo ponga á cubierto de la intemperie.

A causa de las heridas que abre la concurrencia en el campo del trabajo, y á causa también de algunos desórdenes, la satisfacción de las necesidades materiales es cada vez más dificultosa. El obrero levanta la cabeza, y no hallando al Dios que se le ha ocultado, ve á sus semejantes que viven cómodamente y les culpa de sus dolores.

El sentimiento de la igualdad ha progresado en las sociedades modernas, y las desigualdades que subsisten todavía provocan de cuando en cuando mayor número de quejas que las suscitadas en otro tiempo por los más monstruosos privilegios. Los desheredados de la fortuna que no rinden culto á las ideas cristianas, no comprenden ni aceptan el trabajo ni el sufrimiento. Para ellos, como para los felices del mundo que no creen en el Evangelio, el dolor es un misterio; y aun cuando su razón es impotente para responder á los argumentos de la ciencia social, su corazón protesta y se subleva contra la superioridad de los que gozan, agrandándose el peligro con las ideas, costumbres y progresos que forman la atmósfera de nuestras sociedades.

Surgen alrededor del obrero dos corrientes de ideas: una que lo rebaja y otra que lo eleva, arrastrándole ambas á engañosas seducciones cuando la fe no contrapesa estas nuevas fuerzas.

Envuelto en las redes del materialismo, sigue los movimientos del pensamiento, oye negar á Dios, poner en duda la existencia del alma, y cuando eleva los ojos hacia Aquél que un tiempo tuvo él por Padre, cuando busca en su pecho las grandes y sublimes inspiraciones de la fe y del amor, no encuentra más que la nada en su corazón y el vacío en el cielo.

Escucha á los soñadores que le ofrecen utopías, risueños espejismos creados por la imaginación de hombres de buena fe ó de ambiciosos que buscan en la adulación el escabel de su engrandecimiento. Sudoroso el cuerpo, sin convicciones el alma, despedazado el corazón é ignorante la inteligencia, déjase embriagar con tan seductoras teorías, en la seguridad de que su desgracia proviene de la sociedad, que lo desdeña.

Voy á señalar otro peligro: el progreso material, que yo saludo con júbilo, aunque sin ver en él el elemento exclusivo de las civilizaciones. La Iglesia no ha menospreciado jamás la materia; la aprecia como criatura de Dios, que debe servir al alma en sus ascensiones á su Autor. Santifica el cuerpo humano á su entrada en el mundo, y le bendice en los umbrales de la eternidad cuando le deposita en el campo del reposo.

La industria en sus maravillosos desenvolvimientos, no es otra cosa que un pedazo de cetro de Adán roto por su caída en los primitivos días del Edén. Dios le había presentado la creación entera, diciéndole: «Reina, gobierna, y sé soberano de estos elementos, que coloco bajo tu mano y tus pies.» En la hora de la catástrofe original, el Señor le impuso la ley del trabajo como una ley fecunda y expiatoria. «Comerás el pan con el sudor de tu frente.»

El obrero es el artista de tantas maravillas como nos encantan y sirven á la vez. Amasa la materia con su mano vigorosa, la tuerce, la comprime, la teje al mismo tiempo, hace de ella carros de fuego, construye locomotoras que parecen animadas en la rapidez de su carrera, esclaviza el vapor, organiza las máquinas que tantas veces vuestras brillantes Exposiciones ofrecieron al mundo; conmovido de tales conquistas, y ante el grandioso espectáculo de la materia sojuzgada, gobernada y transfigurada, al contemplarse á sí mismo con orgullo, exclama: *«Esta obra es bella; es el fruto de mis manos!»* Cuando el campesino abre el surco que ha de producir á otro la mata de trigo, levanta la frente, y mirando al cielo, escucha la campana de su iglesia; el firmamento y sus astros, las armonías del campanario, todo le habla de esperanzas benditas y de un consuelo á su pobreza. Pero el obrero de la ciudad, envuelto en el humo de las fábricas, ensordecido por el atronador ruido del martillo, no distingue aquel pedazo de cielo azul que sonríe al pobre, ni ve otra cosa que la inmensa actividad del hombre. Admira el trabajo de la criatura sin apercibirse de Dios.

No podéis negar, mis queridos hermanos, que este progreso material, del cual se aprovecha incontestablemente el obrero, crea, sin embargo, para él más tentaciones que provechos, y que, por consecuencia, nuestras magníficas exposiciones industriales ofrecen enseñanzas diversas.

El segundo progreso, que yo llamaría intelectual, es el que se relaciona con el desenvolvimiento de las fuerzas de la inteligencia. De día en día adquieren mayores conocimientos las clases populares; y como si esto no les bastara, reclaman una instrucción más grande y completa.

Hay además otro progreso social que es necesario tener en cuenta en nuestro mundo moderno: el sufragio universal, por el cual el voto del obrero pesa tanto como el del gran señor en la balanza de nuestros destinos. Como se considera una individualidad poderosa, como tiene conciencia de su propia valía y siente su fuerza y la aprecia, dice: «La sociedad descansa también sobre mí, y cuenta conmigo.»

Mas enfrente de estas ideas que le embriagan; enfrente de estos progresos que la exaltan; enfrente de este poder que él comprende, levántanse las costumbres; las costumbres, que á veces se asemejan á una resurrección pagana.

Así, cuando al mirar á un lado y á otro percibe el lujo que de día en día aumenta, los placeres que forman el privilegio de las clases superiores; cuando la prensa callejera le inicia en el secreto de los escándalos de arriba, en las alegrías de vuestras fiestas, en el esplendente brillo de vuestras reuniones, si la fe no ennoblece su trabajo, mira al través de las angustias de su miseria y grita: «Yo he levantado vuestros palacios y construido la mesa de vuestros festines; mi hija ha tejido los adornos de vuestras mujeres. ¡Felices favoritos de la suerte, yo trabajo todos los días para vosotros! ¡No hay para mí noche de descanso, ni aun el domingo me proporciona su saludable y dulce reposo! Paso de mi taller, donde en honor de vuestras diversiones se deslizan juntos mis lágrimas y dolores, hasta mi buhardilla, donde mis hijos apenas encuentran un pedazo de pan amargo, y en ninguna parte hallo la Providencia para contar los latidos de mi corazón y las canas de mi cabeza, el Cristo para consolar y fortalecer mi espíritu.

Entonces, mis queridos hermanos, el obrero sufre la más terrible fascinación; en las profundidades de su alma lacerada fórmanse inextinguibles envidias, codicias sin freno y apasionados odios; palabras de venganza vienen espontáneamente á sus labios; y en tal situación le atrae la más insignificante promesa, sin comprender que el obrero que no trabaja para sí es menos desgraciado que aquel que en la infancia de la sociedad veíase obligado á subvenir á todas sus necesidades personales, sin comprender que la división del trabajo ha creado considerable suma de riquezas, puestas en circulación en beneficio de todos. ¡Ah! El apenas sabe apreciar el valor de estas realidades económicas.

Sin freno en sus deseos, sólo ve lo que posee y sólo sueña en lo que le falta. Entregado á sus instintos terrenales, exhala de su corazón quejas feroces, y pronto se ve presa de sus cortesanos, que acuden á él repitiéndole estas palabras preñadas de tempestades, y que retumban á modo de somatén de alarma: «Sí, le repiten los utopistas ó los ambiciosos: redímte, obrero, de tu deshonra y de tu trabajo maldito; eres independiente en tu taller, pero estás abandonado. No disfrutas de la fecundidad de tus sudores, porque eres un *desheredado* de los humanos goces. Mientras otros viven de actividad y saborean su fruto, tú eres un *explotado*».

¿No creéis que hay aquí espantosos peligros si á tan fatal seducción añadís otras sugestiones? El obrero no quiere limosnas que le humillen, ni patronazgos que le sostengan. Tiene libros, prensa, relaciones universales, formas públicas de nuestra organización social, sociedades secretas, verdadera confederación internacional del odio. Para él no hay Océano, ni Pirineos, ni Alpes. Fascinado por los mágicos términos de *advenimiento de la justicia*, *reino humano*, *solidaridad general*, huye de enerrarse en el estrecho círculo del patriotismo nacional. Tergiversando las ideas generosas del Evangelio, pide prestadas al Cristianismo sus nobles y santas aspiraciones; pero sustrayéndolas al suelo que las produjo, arroja en el lecho sagrado de donde nacieron cantos rodados de la verdad, los terribles errores del socialismo, no los benéficos y fecundos resplandores del sol cristiano.

No me acuséis de exageración, hermanos míos. En vano será que apartemos la vista del abismo, lo cual significará que huimos de él porque no sabemos salvarle. Los peligros no se conjuran con ceguedades voluntarias. Contemplemos sin terror ni inquietud el estado á que han traído á nuestra época nuevas ideas, costumbres y progresos. El movimiento de las clases obreras se nos presenta como un torrente que se precipita desde la montaña; puede destruirlo todo á su paso, inundar de ruínas nuestros valles; pero honor debe ser de la santa Iglesia católica allegar fuerzas que le encaucen, levantarle diques, aplacar sus impetuosas olas, y convertirle en río poderoso y fecundo del siglo XIX.

No hay que engañarse. A no pretender que continúe indefinidamente este duelo fatal y sangriento, preciso es caminar hacia un tratado de paz entre el propietario y el obrero.

Marchemos todos unidos á la realización de esta obra de valor. Dios y la Iglesia nos convidan. Llevemos á ella las ternuras del Evangelio y los sentimientos del corazón. En los tiempos que alcanzamos de grandes luchas y vivas alarmas, pero también de nobles esperanzas, nosotros habremos sido fieles servidores de la verdad, y benéficos instrumentos de la caridad, asociándonos á la sublime y dulce misión de Jesucristo, restaurando las cosas y uniendo las almas.

(Se continuará.)

HAZ BIEN SIN SABER Á QUIÉN

LEYENDA ORIGINAL



ORRÍA el año 183... su invierno frío y lluvioso, con la escasez de subsistencia que se hacía notar en toda la península, hacía en extremo aflictiva la situación de las clases pobres, que muchas eran víctimas de la miseria. En este caso se hallaba una desgraciada familia, en otro tiempo muy bien acomodada y residente á la sazón en una miserable vivienda sita en la calle de Mira el Sol, en uno de los barrios más pobres y retirados de Madrid. Componíase del padre, anciano venerable, en cuya cabeza la nieve de setenta inviernos había caído blanqueando su escasa cabellera, y una hija, hermosa joven de quien pudiera decirse que las primaveras de sus quince años habían depositado sobre su virginal frente sus flores y sus perfumes. Tal era su belleza, ligeramente som-

breada por el dolor que sin duda alguna la atormentaba.

Una noche de ese riguroso invierno en que el viento zumbaba con asoladora furia, y en que torres de lluvia aumentaban su fragor, sentados junto á un hogar nada cómodo, y en el que unos trozos de madera daban con su siniestro fulgor una luz melancólica á una reducida y pobrísima habitación, hallábanse el padre y la hija, aquél envuelto en una vieja capa y removiendo maquinalmente la ceniza, notándose en las contracciones de su rostro y en sus movimientos que se hallaba privado de la vista; la hija, muy cerca de él y muy pobremente vestida, se ocupaba en coser una ropa blanca á la triste y macilenta luz de un vetusto velón. El viento seguía zumbando, y se escuchaban sus agudos silbidos por el cañón de la chimenea. La lumbre iba extinguiéndose, y notándolo la hija, se acercó á su anciano padre, que sin duda rezaba, pues se le oía pronunciar con balbuciente labio el nombre augusto de Dios y de la Virgen, y con palabras más dulces que la miel y más penetrantes que las flechas, díjole:

— Padre mío, son las once de la noche, el frío es intenso y la lumbre se apaga; venid, os conduzco á vuestra cama; allí, un poco más abrigado, podréis dormir y descansar, porque aquí os vais á quedar muy frío.

— ¡Ah! Hija de mi vida — contestóle el anciano — ¿cómo he de descansar sabiendo que velas entre tanto y pierdes tu salud por mantener á este pobre viejo, lleno de achaques, y para mayor desgracia ciego?

Y de sus turbios ojos brotaron dos gruesas lágrimas, y un sollozo ahogó su voz; la hija, pudiendo apenas contener el llanto, le besó con sin igual ternura, murmurando entre dientes:

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! Descargad sobre mí todo vuestro rigor; pero tened piedad de mi anciano padre, libréle vuestra Providencia... y no pudo continuar.

Pero el padre, que oyó sus últimas palabras, dijo:

— ¡Oh! Sí, hija mía, sí; la providencia de Dios es grande y nunca falta á sus criaturas; ella mantiene á las florecillas del valle enviándolas su rocío; ¿y quieres que abandone á su frágil naturaleza á las criaturas racionales, criadas por su provida mano á su imagen y semejanza? No, hija mía, no; no falta nunca la Providencia; pero ¡ah! trato yo de alentar-te cuando eres tú, hija de mi corazón, el ángel tutelar de mi existencia, la que con tu solicitud, tu trabajo y tus caricias me sostienes en la carrera de la vida; tú, la que consumes la salud trabajando noche y día para que no perezca de hambre; sin tí, angelical criatura, ¿qué sería de mí, pobre, ciego, solo y miserable? Arrastraría una penosa existencia; pero tu cariño, el aroma de tus virtudes me dan fuerzas: ¡y trataba yo antes de alentar-te! ¡oh hija mía! Dios, que es justo, premiará tus desvelos, y yo, ya que otra cosa no pueda darte, te daré mi bendición; sí, recíbela, hija mía, y ven te estrecho sobre mi corazón...

Y gruesos lagrimones brotaban de aquellos ojos sin luz; otro tanto acontecía á la hija; había contenido su emoción, pero no pudiendo resistir por más tiempo, estalló á manera de torrente desbordado, y las lágrimas del padre rodaron y se confundieron con las de la hija; en esta situación llamaron á la puerta de la miserable vivienda.

— ¿Quién será — dijo asustada la hija — á estas horas?

— Abre, hija — contestó el padre; — quizás sea algún desgraciado que venga buscando un rincón donde librarse de la lluvia y de los rigores del frío.

— ¿Pero dónde podremos colocarle, si no tenemos cama ni aun lumbre que dar donde pueda calentarse?

Otro aldabonazo resonó en la habitación, que probaba la impaciencia del que llamaba, á lo que el padre dijo:

— Ve, hija, ve y abre; quien quiera que sea le recibiremos con agrado.

La bondadosa hija obedeció, y aunque no sin algún temor se acercó á la puerta, preguntando antes de abrir con débil voz:

— ¿Quién llama?

Una voz gruesa dijo:

— Abra usted.

— ¿Qué se le ofrece? — repitió la hija.

— Vengo extraviado — dijeron desde afuera — y suplico á usted haga la caridad de recogerme por esta noche.

El padre, desde el rincón del hogar, dijo á su hija:

— Abre, hija, abre, que le caridad es hija de los cielos.

Y la joven, medio temblorosa, abrió el pestillo de la puerta y penetró por ella un joven de rubias patillas envuelto en un abrigo de pieles.

— Buenas noches — dijo el desconocido quitándose un ancho sombrero de fieltro humedecido por la lluvia; — perdonad, señores, si en noche tan borrascosa y á una hora tan intempestiva he venido á molestaros y alterar vuestro sosiego.

— No hay para qué perdonar — replicó el anciano; — quien tendrá que hacerlo sois vos, que notaréis las faltas de nuestra hospitalidad; pero si nada tenemos que daros, si en este pobre y reducido albergue no halláis comodidad, nuestra voluntad es grande y ¡ojalá fueran tan grandes nuestros medios de demostrarosla! pero ¡cómo ha de ser! — continuó el anciano — yo he gozado también de comodidades y riquezas en otro tiempo, y os aseguro que no era más feliz que ahora que la voluntad de Dios me ha reducido á esta miserable condición. ¡Dios sea loado!

El joven, al parecer muy agitado, tomó asiento en un desvencijado sillón que allí había, el mejor de la casa, y sin proferir ni una sola palabra, con la cabeza caída sobre el pecho, parecía no escuchar las palabras del venerable anciano. La hija, que lo observaba, se acercó á su padre en silencio y le dijo algunas palabras al oído; salió momentos después á una habitación que allí había, y volvió al poco rato diciendo á media voz á su padre:

— Ya está arreglada.

El anciano entonces, dirigiéndose al joven, que permanecía cabizbajo y taciturno, le dijo:

— Tendréis necesidad de descansar; así que podéis pasar á esa habitación, única que hay en la casa, y allí encontraréis una pobre cama, pobre, muy pobre, pero es la mejor de que podemos disponer...

El joven entonces, saliendo de su distracción, dirigió su vista hacia aquel interesante grupo y se sintió conmovido. Era en verdad para estarlo ante el cuadro interesantísimo por demás de la debilidad por una parte, y la solicitud por otra de la impotencia y bondad, del padecer y de la abnegación, del amor filial más tierno haciendo centinela noche y día alrededor del corazón paternal para prodigarle toda clase de halagos y de caricias; y pronunciando palabras de agradecimiento, se fué maquinalmente hacia donde se le indicaba.

Era aquél un joven de corazón generoso, pero que seducido por el hábito impuro de malas compañías, á su imitación habíase entregado á todas las locuras y criminales acciones de una vida disipada. Un mal amigo le había propuesto aquella noche una aventura extramuros de la población, y á él le había tocado sufrir un lance desagradable, pues al acudir al punto de reunión dos hombres emboscados en sendas capas le salieron al encuentro con intención de robarle, pues según su siniestra catadura, y al verlos puñal en mano, hubiéraseles tenido por feroces sicarios; ello es que nuestro calavera, aunque la echaba de valiente, opuso vana resistencia, y hubo, para salvar su amenazada vida, de buscar su salvación en la fuga; y perdido por callejuelas que no conocía, temiendo volver á encontrarse con aquellos malhechores, se resolvió á entrar en el primer portal que á su paso hallase abierto, y aun pedir hospitalidad por aquella noche, como, según han visto nuestros lectores, lo verificó.

Excusado es decir que el joven no durmió; los recuerdos de sus locas aventuras, de su criminal conducta con el eminente riesgo que su vida acababa de correr, se agolparon en tropel á su memoria, y la espada del remordimiento empezó á taladrar su corazón; y presa de tales sobresaltos, de dudas y agitaciones, porque su impiedad, si nunca había llegado á las tinieblas del ateísmo, se hallaba, sí, en el crepúsculo de la duda. La campana de un reloj de torre hirió en aquellos momentos con lúgubre tañido el aire, y al través del zumbido del viento, mezclado con el monótono é incesante ruido del agua, repitió por doce veces su melancólica armonía.

Nuestro joven, á cada campanada sentía una emoción nunca por él sentida. Las más dedicadas fibras de su alma parecían saltar á cada golpe, y su sangre se agolpaba á su corazón y las arterias de sus sienes parecían querer estallar. En tal momento dirigió su vista por entre la abertura de la puerta, y una escena tiernísima y conmovedora hirió su vista.

El padre y la hija, postrados en un rincón del hogar ante una imagen de la Santísima Virgen, oraban fervorosamente; quizá pedían por la salud de su huésped; parecían dos ángeles postrados ante el trono de la majestad de Dios, y hasta parecía que de sus frentes brotaban rayos de hermosa luz; y otra vez la campana con funerario grito hizo estremerse el corazón de nuestro joven, que oyó decir al anciano:

— Hija mía, un muerto reclama nuestras preces.

(Se continuará.)

José P. VILLAMIL.

EL CÓLERA



ONOCIDO es el origen y extensión del cólera asiático en ciertas partes de la India Oriental, en la Bengala baja, Malva y las costas de Malabar, en donde desde hace muchos miles de años se tiene por endémica. Los portugueses, después del descubrimiento del camino á las Indias por el Cabo de Buena Esperanza, al establecerse en Goa encontraron los primeros indicios de esta enfermedad en los libros indos (*sus ruta*), y descrita con todos sus síntomas en libros de muchos miles de años antes de Jesucristo, en los que se la llama (*maha mari*), que equivale al latín *magna mors*. Del mismo modo que muchos de los síntomas del cólera pueden producirse por medio de ciertas sustancias minerales y orgánicas, el arsénico blanco y los hongos venenosos por ejemplo, debe suponerse que el cólera asiático puede producirse por ciertas sustancias infecciosas (plantas acotiledóneas verosímilmente, ú otras análogas) que hasta ahora no se conocen, pero de cuya influencia no cabe dudar. Esta sustancia infecciosa es originariamente un producto del suelo y del clima de las Indias; pero no obstante ser propio de aquel suelo, puede existir también en otros países adonde ha sido conducido, merced al comercio de los hombres, y donde puede mantenerse y multiplicarse en tanto que encuentre ciertas condiciones telúricas que necesita también para prosperar en el país de su procedencia.

La propiedad que el cólera tiene de extenderse con el comercio, y las condiciones del suelo, ha motivado que hasta ahora no se hayan hecho apreciaciones exactas acerca de su modo de propagarse; en un principio se miró esta doble causa de propagación como cosa contradictoria, y en su consecuencia se dijo: ó el cólera se propaga con el comercio ó comunicación de los hombres, especialmente de los coléricos, y entonces es una enfermedad contagiosa, ó radica sólo en el suelo, y en este caso es una enfermedad miasmática. Las investigaciones hechas en 1854 han demostrado á Pettenkofer que ambas causas han de existir necesariamente y que no se contradicen. En esta distinción fundamental, cólera contagioso y cólera miasmático (ambos han de considerarse como esenciales y estudiarse separadamente) está fundada la teoría moderna de la propagación del cólera.

Sólo hay en las Indias escasos lugares en los que el cólera sea permanente, endémico, y aun en estos mismos puntos hay épocas en las que parece como que se eclipsa, y en que sólo se presentan raros y aislados casos de esta enfermedad; siguen á estas épocas otras, en que es tal su profusión que parece epidémico.

A excepción de esos puntos en que es endémico, el germen de la enfermedad va desapareciendo poco á poco en el espacio de uno ó dos años, y al cabo de este tiempo necesita para reaparecer nueva importación.

El cólera se presenta con menos intensidad en Europa cuando los progresos de la epidemia son de E. á O. y de las costas al interior. Es digno de notar que el cólera asiático, arraigado desde hace muchos miles de años en la India, es tan antiguo como la cultura india, y hasta el siglo XIX no ha comenzado á extenderse fuera de su origen. Este hecho va unido, sin duda, con la extensión y afianzamiento del comercio interior y exterior de las Indias.

La aparición del primer buque de vapor en las costas indias tuvo lugar en el año de 1826, y la aparición del cólera en Europa en 1831.

Al lado del comercio ejercen también su influjo, dentro y fuera de las Indias, las condiciones del suelo y la estación. Hay lugares que en toda ocasión se muestran muy accesibles al cólera, y otros que le oponen fuerte y durable resistencia. Entre los menos accesibles (inmunes) á la enfermedad en Europa, es notable ejemplo la ciudad de Lyon, eminentemente fabril y comercial, colocada al sur de Francia, y que es cabalmente tránsito entre dos puntos como París y Marsella, entre los que existe tan activo comercio y que son víctimas predilectas.

Así, en 1849, en que Lyon se vió ocupada por los regimientos que en París y en Marsella había diezado el cólera, no atacó la enfermedad á los habitantes de aquella ciudad.

En las montañas y los valles montañosos se dan muchos menos y más raros casos que en las llanuras; pero también ataca más á las gentes miserables de los distritos de *Malaria* y *Moor*, junto al Danubio, en Baviera y entre *Spre* y *Roder* en Sajonia. Háse notado con frecuencia que un punto de una comarca ha sufrido mucho por el cólera, al paso que otra de la misma ha resistido la epidemia. La inmunidad de un lugar puede reconocer dos causas:

las condiciones del suelo y las corrientes de aguas subterráneas. Las poblaciones situadas en suelo aluvial y en terrenos bajos ó en pendientes escarpadas, son mucho más accesibles á la epidemia colérica que aquellas otras emplazadas en terrenos impermeables al aire y al agua, como rocas compactas ó una eminencia entre dos barrancos ó depresiones, aunque el terreno en éstas sea poroso. En el primer caso, son las condiciones del terreno la causa de la inmunidad; en el segundo, la facilidad del desagüe.

Cuando se persigue la marcha de las epidemias en todo un país, se encuentra que no van como escalonadas, no siguen las calles, ni los ferro-carriles, ni las líneas de navegación, sino que marchan según las corrientes de las aguas.

Entre las causas que determina la mayor ó menor intensidad del cólera, no son las más importantes el calor ni el frío; pues si así fuera, el cólera no pasaría de la India á los mares helados, ni de Calcuta á Constantinopla; la verdadera influencia está en las lluvias. También ejercen gran influjo en la intensidad de las epidemias coléricas en Europa ciertos meses y épocas del año; así, las epidemias de verano y otoño son la regla general; las epidemias de invierno la excepción, y casi nunca ha reinado epidemia alguna en los meses de primavera.

La importación del cólera para la navegación, y las epidemias originadas en los mismos barcos (lo que es muy raro), parecieron por espacio de mucho tiempo como una prueba para combatir la opinión que atribuye al suelo y á las aguas subterráneas el desarrollo de la epidemia, hasta que posteriores investigaciones vinieron á desautorizarla. Se ha observado que puede desarrollarse en un barco la epidemia por efecto de sustancias infecciosas no procedentes de las personas atacadas á bordo, sino del país de donde la embarcación salió.

Una circunstancia que hay que tener en cuenta para estudiar la propagación del cólera, y que comparte esta enfermedad con las demás afecciones epidémicas, es la predisposición en general, por la cual, en idénticas condiciones de infección, unos enferman fácilmente y otros no. Los individuos débiles y mal alimentados, cuyos órganos se hallan atónitos, tienen gran predisposición á ser atacados por el cólera; también favorecen mucho su propagación todas aquellas causas que originan en el individuo la diarrea.

La predisposición es distinta también, según las edades. De seis á veinte años difícilmente se enferma del cólera. A los cuarenta años aumenta la predisposición. Exactas investigaciones han probado que esta diferencia se debe, más que á la absoluta falta de predisposición de los primeros, al mayor ó menor grado de alteración de los tejidos en los segundos.

Tres factores pueden considerarse como principales en la propagación del cólera: 1.º El comercio con los lugares infestados, por lo que facilita el transporte de las sustancias infecciosas. 2.º La predisposición individual. Y 3.º La disposición local con circunstancias de lugar y tiempo. En estos tres puntos debe fijarse la atención para escoger los medios de combatir la propagación de la enfermedad.

Hace falta, pues, conocer el germen colérico y dónde se halla. Los contagionistas que consideran el cólera como enfermedad independiente de las condiciones de la localidad, y miran el organismo humano, y especialmente el de los coléricos, como foco de infección, tienen por vehículo de este germen las evacuaciones de los enfermos, y aun de los sanos, procedentes de los lugares infestados, y creen medios poderosos para cortar la enfermedad el aislamiento de los enfermos y la desinfección de todos los excrementos.

La creación de los cordones sanitarios, de las cuarentenas y de las diversas medidas de desinfección, está fundada en estas consideraciones; pero los resultados hasta ahora no han confirmado estas creencias. Los cordones comenzaron á adoptarse en Europa en el año 1830, pero sin utilidad práctica. Tampoco han producido favorables resultados las cuarentenas por los barcos. Podríase creer que esta falta de éxito dependiera de omisiones en las medidas adoptadas; pero nadie puede afirmar que haya medio de establecer un cordón mejor que el situado entre Prusia y Rusia en 1832, ó una cuarentena más rigurosa que la establecida en Malta en 1865, y no obstante, el cólera entró en la isla como si no hubiese habido tal precaución.

Durante la epidemia colérica que reinó en Munich de 1873 á 74, pusieron en práctica el aislamiento de los enfermos y la desinfección de los excrementos, medidas que se adoptaron con mucho más rigor entre los militares; pero comparados los resultados obtenidos entre las clases militar y civil, la diferencia, aunque corta, no fué favorable para la primera. En Munich, donde reinó por dos veces la epidemia

en 1836 y 1854, esta última vez en verano y en invierno, declaróse obligatoria la desinfección en todas las casas durante la epidemia del invierno, y voluntaria durante el verano, y sin embargo, la comparación fué desconsoladora. La epidemia de invierno duró mucho más tiempo y causó mucho más víctimas que la del verano. Tampoco el aislamiento de los enfermos tuvo el menor influjo benéfico en el curso de la epidemia, y se mostró en muchos casos que la infección no procedía de los enfermos coléricos, sino principalmente de las personas infectadas por la localidad.

Donde se ve que un país se libra del cólera merced á los cordones, cuarentenas y desinfecciones, no hay la prueba evidente de que esto no sea por la falta de condiciones locales de lugar y tiempo, cuya falta haría completamente innecesarias todas estas medidas profilácticas.

Uno de los factores etiológicos (causas) más importantes es, según lo ha demostrado la experiencia, la alteración de la pureza del suelo merced á las evacuaciones del organismo humano. Una buena canalización y abundante provisión de agua pura; alejamiento de las esclusas y alcantarillas; el hacer desaparecer todo obstáculo que impida el libre curso de las aguas por la superficie, y especialmente las aguas subterráneas, que tan grandes oscilaciones producen en la humedad del suelo, son los medios que hay que emplear contra las epidemias coléricas.

De que estos medios ejercen su benéfico influjo en las epidemias coléricas, son una prueba patente las ciudades que más han adelantado en estas reformas, si se compara lo que han sufrido en épocas remotas: la menor extensión é intensidad del cólera en Inglaterra en 1866, la inmunidad de este país en posteriores epidemias coléricas que reinaron en el resto del continente, en relación con las numerosas y terribles epidemias que las mismas Islas Británicas sufrieron en los años 30, 40 y 50, son una prueba de lo mucho que en aquella nación se adelanta por este camino.

También son testimonio evidente de cuanto vamos diciendo las ciudades alemanas: en Danzig, que tiempos atrás era un foco de la enfermedad, ya en 1873 causó numerosas víctimas á las mismas puertas de la ciudad; en las aldeas de Geubude y Strohteich y en Danzig sólo ocurrieron unos cien casos, observándose casi todos en casas que conservaban aún el antiguo sistema de esclusas.

Respecto á la profilaxis del cólera, ya hemos dicho antes que todas las medidas que podríamos llamar internacionales, especialmente los cordones, cuarentenas, etc., no han podido impedir la propagación del cólera; porque siendo, como es, imposible cortar en absoluto las relaciones comerciales actuales, son aquellas medidas inútiles é ilusorias, pues el germen de la enfermedad puede muy bien ser importado por las personas ó cosas que traspasen los límites del cordón, y multiplicarse en el suelo á que el germen ha sido trasladado. Hay, pues, que evitar el comercio con los lugares infestados, la excesiva aglomeración de gentes en las fiestas populares, como ferias, mercados, peregrinaciones, procesiones, etc., así como también el movimiento de tropas numerosas, á menos que la táctica de la guerra así lo exija.

Por lo que hace á las precauciones individuales, sólo podemos recomendar que cuando evidentemente consta en un lugar cualquiera la existencia de un solo caso de cólera, procure cada uno trasladarse á una comarca lejana y no infestada, no volviendo hasta la completa desaparición de la epidemia; pues si se sale demasiado tarde es posible llevar consigo el germen colérico, y si se vuelve demasiado pronto puede suceder muy bien que el cambio de régimen de vida nos haya hecho más impresionables á la ponzoña colérica. Ahora bien: aquellos que no puedan abandonar el lugar infestado han de guardar la mayor sobriedad y usar todo género de precauciones, especialmente en evitación de enfriamientos, alteraciones del régimen alimenticio y otros excesos.

De ningún modo ha de cambiarse el régimen de vida si éste era normal y razonable. Debe evitarse además todo contacto inútil con los enfermos y no exponerse voluntariamente al contagio por aprovechar lo que los enfermos dejan, como ropas, muebles, etc. No tomar en gran cantidad ciertas sustancias, confiando en su muy fácil digestión, como tampoco los frutos excesivamente jugosos, que por su abundancia de agua pueden provocar una diarrea, como las ciruelas, pepinos, melones, sandías, etcétera. Entre las bebidas se recomienda un vaso de buen vino tinto, el ron y la cerveza fuerte y que no sea muy reciente; la cerveza de mala calidad es más bien perjudicial. Conviene conservar el calor de los pies y del cuerpo, para lo que deben usarse fajas de

lana ó de franela. Al observarse la más ligera y al parecer menos peligrosa diarrea, llámese inmediatamente al médico, pues una diarrea muy ligera puede convertirse en diarrea colérica con todas sus consecuencias. En este caso debe guardarse cama, beber tazas de café negro caliente y consultar lo más pronto posible al médico. Una vez declarada la enfermedad, ha terminado la misión del higienista.

PATRIOTISMO Y ABNEGACIÓN

NOVELA POLACA

POR ESTEBAN MARCEL

Traducida para LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA por la M. de M.

(Continuación.)

La joven que yo admiraba entraba como yo en la iglesia, daba el brazo á una señora ciega de aspecto respetable, objeto de los desvelos y atenciones de su joven compañera, que le presentó el agua bendita con la punta de sus afilados dedos, la condujo hacia el altar enfrente de la santa imagen, puso en sus manos un rosario, acercó un cojín bajo sus rodillas, después se arrodilló sobre las losas desnudas y empezó á rezar con fervor, todo esto con gracia, con sencillez, con la más completa ignorancia de sí misma, como si no hubiera estado dotada de una hermosura hecha para atraer todas las miradas... Admirándola, Witold, me olvidé de rezar; creo que no hubiera podido pensar, ni en mi país, ni en mi madre, y quedé sumergido en un estado que no se puede definir, presagio del fatal cariño que iba á embargarme y del desencanto con que debía terminar.

Al fin de la misa la joven se santiguó con devoción, se levantó, tomó el brazo de su compañera y se dirigió hacia el pórtico. Pero en el momento en que se acercaba á la puerta hubo fuera un gran tumulto, y una turba asustada entró en la iglesia. Parece que en este momento pasaba un ministro del gran duque con su escolta, y que le acababan de disparar un tiro sin que le alcanzase. En seguida se precipitaron los soldados para coger al asesino, y los presentes, temiendo que los prendieran como cómplices, huyeron en todas direcciones. La muchedumbre se agolpó en la iglesia, donde hubo un gran tumulto.

— ¡Dios mío! ¿Qué hay, Angela? — preguntó la señora á su linda compañera.

— ¡Oh tía, no lo sé!... Hombres que huyen, mujeres que lloran, soldados que se echan sobre todo el mundo con los sables desenvainados, y todos se precipitan en la iglesia... ¡Virgen santísima! ¿Qué va á ser de nosotras!

Hablando así la joven, juntaba sus pequeñas manos con terror, y la señora parecía poseída de un espanto tan grande que estaba á punto de desmayarse.

Entonces, conmovido yo mismo, me acerqué á las señoras, les ofrecí ayudarlas; las coloqué en un rincón de la iglesia, al amparo de un confesonario; allí las protegía contra el reflujo de las gentes; después ofrecí mi brazo á la anciana para llevarla á su casa cuando se hubo sosegado un poco aquel tumulto. Su emoción era aún tan grande, que se decidió sin dificultad á aceptar mis servicios, y nos encaminamos en seguida hacia su casa.

No tardamos en llegar á su morada, limpia, graciosa, modesta, pero un poco retirada.

Delante de la puerta del jardín me despedí de ellas; pero me paré, después de haber dado algunos pasos, debajo de unos jazmines muy frondosos que escondían la reja, y oí la voz de la joven que decía alegremente, atravesando el jardín: «Mi buena tía, no tengáis miedo; seguramente no es un pícaro, ni un joven mundano, porque lo hemos encontrado en la iglesia.»

¿Qué os diré, Witold? Dos días después mandé á mi criado que fuera á informarse cómo seguían esas señoras; al mismo tiempo les enviaba mi tarjeta, adornada con una corona de conde, que no sé qué alianza la ha extraviado en mi familia, y que en esta circunstancia me prevalece de ella miserablemente. En fin; otro día me atreví á presentarme. Fui recibido por la señora con política y dignidad, por Angela con una alegría cándida y con una sencilla soltura. En fin, supe por la patrona de la casa de huéspedes en donde yo paraba, y que me cuidaba como lo hubiera hecho mi madre, que estas señoras pertenecían á una honrada familia de clase media; que el padre de Angela, negociante al por mayor en sedas del país, hacía muchos negocios en el Véneto,

y que antes de marcharse había confiado al cuidado de su hermana ciega á su hija, que había salido recientemente del convento. Mi buena patrona me animó para que cultivara el conocimiento de la señora Danati, que era, decía ella, una señora de gran mérito y muy respetada por todos... Únicamente — añadió ella sonriéndose — no vayáis á ocuparos demasiado de Angelita. Tal vez no sería un partido que conviniese á vuestra madre. Pero, ¡bah! Angela no es sino una niña que no se ocupa más que de su muñeca, y vos, señorito Tadeo, sois el más juicioso, el más arreglado de todos los jóvenes que yo conozco.

Fué sin duda por la buena opinión que tenía mi patrona de mí, y de que ella dió conocimiento á la señora Donati, por lo que me acogieron tan bien la señora y su sobrina. Tuve bastante prudencia para no multiplicar demasiado mis visitas, bastante imperio sobre mí mismo para disimular el sentimiento que cada día tomaba más imperio sobre mí, y muy pronto me ví considerado por estas señoras como un verdadero amigo. Cuando yo llegaba, la señora Donati me daba la mano, Angela me daba los buenos días acompañados con una sonrisa; le preguntaba por sus palomas, por su jazmín y por su perro, le hacía dibujos para sus bordados de tapicería, y le enseñaba mis diseños. Su ignorancia era grande, tanta como su sencillez; pero la hacía olvidar con su gracia. Le gustaba oírme hablar de mi país y de nuestras costumbres del Norte, y daba palmadas con una admiración infantil siempre que en mi relación algún rasgo enternecedor, alguna pintura le conmovía el corazón.

Por mucho tiempo no hice ningún proyecto definitivo; pero cuando á fuerza de ver á Angela sentí crecer de día en día el poderoso atractivo que me encadenaba á ella, empecé á pensar seriamente en nuestro casamiento. Sabía muy bien que mi madre se afligiría viéndome casar con una extranjera; pero me amaba demasiado para no oponerse á mi felicidad. Sabía también que me destinaba á Alina; pero no sentía por mi prima más que un cariño fraternal, no teniendo más que doce años cuando yo salí de mi casa. Y después el viaje, la separación, las impresiones de mi existencia independiente y solitaria parecían haberme madurado; me creía fuerte, me sentía libre y quería afirmar mi derecho de disponer de mi porvenir.

Lo que me seducía sobre todo en Angela, debo yo confesarlo, era una sencillez infantil, esa ignorancia, ese hermoso candor que no le permitían disimular ninguna de sus impresiones, ni aun las más fútiles y las más pasajeras. ¡Qué locura la mía el contar con este afecto pueril, con esta preferencia infantil! ¿Quién era yo realmente para Angela? Un objeto de diversión, complaciente y dócil; un juguete que hablaba, que era más precioso que su perrito, porque le contaba historias y le devanaba sus madejas.

— ¡Ay! Mi pobre Tadeo — interrumpió Witold en este momento — ¿dónde estaba vuestro buen sentido cuando os ocupabais de esta pensionista? ¿No será por casualidad una muñeca la que os ha destronado en su corazón?

— Si hubiera sido una muñeca hubiera sufrido menos — respondió Tadeo con tristeza. — En fin, dí parte á la señora Donati de mis sentimientos y de mis proyectos. Ella se mostró muy sorprendida, muy honrada — me dijo — con la preferencia que hacía de su sobrina, una niña muy amable, pero aun nada más que una niña. Pero Angela era muy joven, y en todo caso no podía tener respuesta definitiva hasta que volviera el Sr. Donati, que había tenido que ir hasta Esmirna á tratar de negocios importantes. No pensaba que su cuñado pudiese poner la menor dificultad, y creía poder responderme del cariño de su sobrina.

Entonces me decidí á preguntar á Angela sobre sus sentimientos hacia mí. A la primer palabra de casamiento me respondió primero con una gran carcajada, y me aseguró en seguida que no había pensado todavía en eso.

(Continuará.)

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Un nuevo metal: el delta. — Un profesor de metalurgia inglés, Mr. Alejandro Dick, ha descubierto una nueva aleación que ha llamado delta.

Este metal es sencillamente hierro disuelto en zinc. Para obtenerlo se introduce hierro en el zinc fundido, que le disuelve rápidamente y le absorbe. El punto de saturación varía con la temperatura á que se ha mantenido la fusión del zinc.

El nuevo metal dicen que es superior al bronce.

Es muy duro y tenaz, y posee una gran fuerza de resistencia y una tensión incomparable. Esta superioridad se mantiene bajo todos aspectos, ora se trabaje en la forja, ora en la hilera. Se trabaja bien y adquiere buen pulimento, se empaña con menos rapidez que el latón, y al parecer es susceptible de aplicaciones variables y útiles.

La gutapercha. — En varias comarcas de la península Malaya y en otras localidades, se cultiva el árbol conocido en el país con el nombre *Tubán*, del cual se extrae dicho producto. Es un árbol regular, de anchas hojas, cuyo tronco adquiere una circunferencia de 10 pies, que crece ventajosamente en terrenos de aluvión, y es de fructificación rara y poco frecuente.

Los indígenas obtienen la gutapercha de árboles bien desarrollados, en los cuales practican entalladuras, por las cuales fluye un jugo que luego clarifican en una caldera, adquiriendo éste la consistencia que presenta dicho producto industrial.

Coloración artificial del vino. — La existencia de materias colorantes en los vinos se atestigua fácilmente tratando el vino sospechoso con disolución de alumbre y carbonato de potasa, que dan lugar, en caso de la presencia de aquellas sustancias, á un precipitado azul, rosa ó violeta. Los reactivos se preparan con once partes de agua destilada y una de alumbre, y una parte de carbonato de potasa y ocho de agua destilada. La solución de alumbre se adiciona en cantidad igual á la del vino ensayado, y luego se añade la del carbonato. También se puede usar amoníaco y unas gotas de sulfuro amónico. Si el vino no está adulterado toma un color verde más ó menos intenso, y en caso contrario, rojo, azul ó violeta.

Medio para hacer incombustibles las telas, papel, etcétera. — Varias son las preparaciones que á este objeto se han dado, y no creemos de más consignar hoy otras aplicables al mismo objeto general.

La siguiente mezcla se emplea generalmente para las decoraciones de teatro, ó mejor dicho, para las telas antes de pintarlas, y también para los objetos de madera, como puertas, marcos de ventanas, muebles, etc., aplicándola en caliente por medio de un pincel. Se compone de:

Acido bórico.....	5 partes.
Cloruro amónico.....	15 —
Feldspato potásico.....	5 —
Gelatina.....	1,5 —
Engrudo de almidón.....	50 —
Agua.....	100 —

Se añade á esta mezcla cantidad suficiente de materia calcárea para darle una consistencia conveniente.

Los tejidos ordinarios, lanas, telas para marinería, cuerdas, paja y madera, se sumergen generalmente en la siguiente composición:

Acido bórico.....	6 partes.
Cloruro amónico.....	15 —
Bórax.....	3 —
Agua.....	100 —

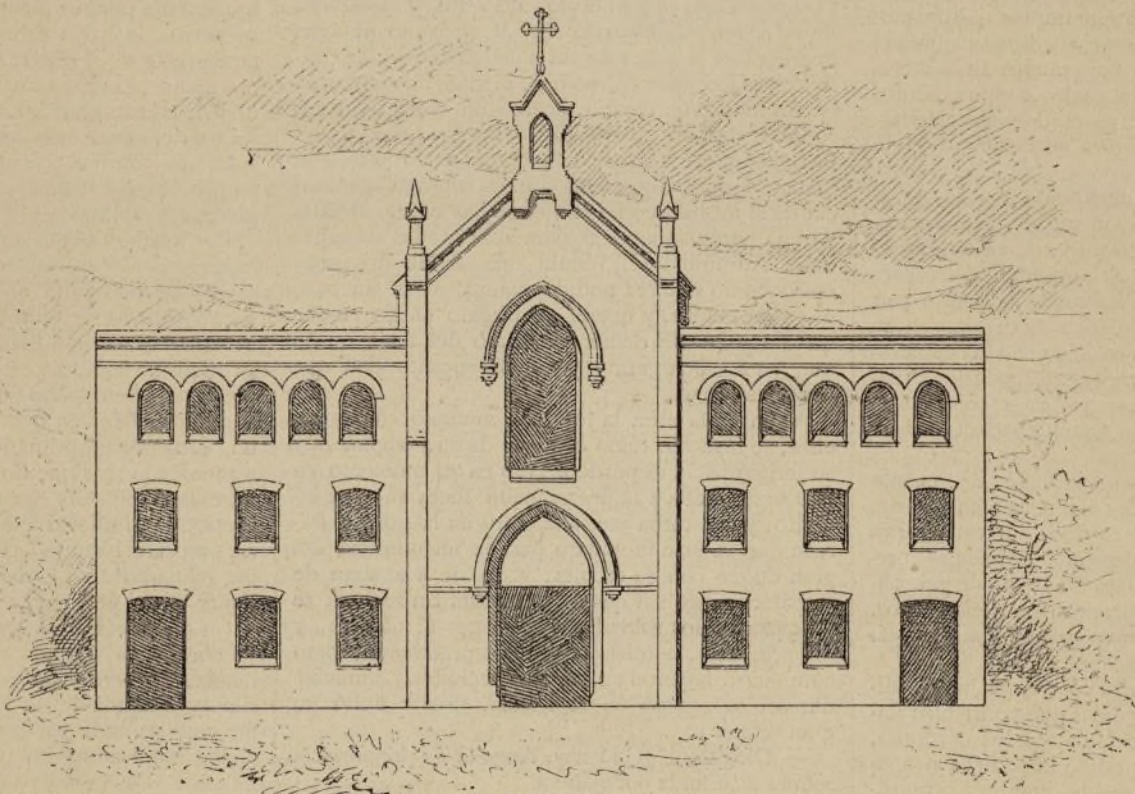
Para el papel, sea impreso ó no, en libros, billetes, etc., se aplica la siguiente mezcla:

Sulfato de amoníaco.....	8 partes.
Acido bórico.....	3 —
Bórax.....	1,7 —
Agua.....	100 —

Disuélvase, colóquese la mezcla en una caldera y caliéntese á 50° C. En las fábricas de papel se dispone esta caldera de modo que cuando el papel sale de la máquina pasa al través del soluto contenido en la referida caldera, impregnándose perfectamente, y después se pone á secar sobre cilindros calientes. Si el papel está ya doblado en cuadernillos ó impreso, se le sumerge simplemente en aquel soluto calentado á 50° C., se seca después y se prensa para restituírle el brillo.

Las proporciones que se han dado de los ingredientes que entran en las citadas mezclas, sólo se han dado como ejemplo, pues se pueden aumentar ó disminuir, según los casos.

La circulación en París. — La Compañía general de ómnibus establecida en París, ha publicado los siguientes datos estadísticos respecto de los viajeros que han recorrido la gran ciudad en ómnibus y



CONVENTO DE RELIGIOSAS MERCENARIAS DE SAN FERNANDO, EN CHAMBERÍ.

(PROYECTO.)

tranvías durante el mes de Marzo del presente año.

Los ómnibus han hecho 8.806 carreras diarias, transportando 9.987.467 viajeros; los tranvías han hecho 3.949 carreras, y transportaron 6.686.310. En lo que se refiere á los servicios de Morouge al Châtelet, y de la Chapelle al Châtelet, que sirven principalmente á obreros que habitan los boulevares exteriores, lejos del centro de la villa, parece que producen también mucho, pues en 8 carreras diarias estos dos tranvías transportaron 8.047 viajeros.

Las picaduras de mosquitos. — Para preservarse de las molestas picaduras de estos insectos, es probada la utilidad de espolvorearse las partes del cuerpo expuestas á las picaduras, con polvos de *quassia amara*, sustancia muy barata que, aplicada en la parte atacada, constituye un excelente remedio contra las picazones.

Procedimiento para destruir ratas. — Un medio económico consiste en cortar trocitos de corcho ó esponja del tamaño de una avellana, rehogándolos en seguida con grasa. El olor de frito les atrae, y dichas sustancias, al no ser digeridas, ocasionan la muerte.

La *Revue Horticole* recomienda asfixiarlas con el sulfuro de carbono. Este procedimiento ha dado un gran resultado en el Museo. Para ello se tapan los agujeros de modo que el aire no penetre, y por la abertura mayor se introduce, por medio de un tubo de plomo, dicho líquido, que al volatizarse origina la muerte de estos animales.

El sulfuro de carbono es casi inocente para el hombre y bastante barato. Este procedimiento pue-

de aplicarse á todos los animales que viven bajo tierra, como topes, ratones, zorras, etc.

Limpieza del terciopelo. — Esta tela pierde su lustre fácilmente á consecuencia de los roces frecuentes. Para devolverle su frescura y elasticidad primitiva, se le moja del revés y se le expone al calor de un hierro muy caliente, pero sin tocarle. El calor evapora el agua, y éste, bajo la forma de vapor, atraviesa la trama, se separa y levanta las fibras entremezcladas ó caídas unas sobre otras.

Hecho esto, se deja secar al aire libre.

Lubricación. — Una de las causas que contribuyen á que se desgasten prematuramente los órganos de las máquinas, es el uso de aceites de mala calidad para su engrasado.

Si se deja caer una gota de aceite sobre una lámina de cobre, no tarda en aparecer una mancha verdosa, producida por la acción del ácido oléico sobre el metal, y la sal que se forma en unión al polvo y otras sustancias, obran á manera de esmeril, desgastando el metal en aquellos sitios en que éste tenga rozamiento.

Los mejores aceites contienen un minimum de 10 por 100 de ácido graso, y se calcula que el desgaste de cobre debido á la acidez del aceite con que se lubrifiquen es de 7,5 por cada cien kilogramos de aceite empleado para dicho objeto.

Es, por lo tanto, de bastante interés escoger aceites de buena clase para esta operación, porque así se garantiza la duración de las máquinas, compensando satisfactoriamente este resultado el mayor gasto que ocasione el empleo de aceites de clase superior y neutros, ó con muy poco ácido.



Tenemos que dar cuenta de la muerte de un justo. El P. Batanero, de la Compañía de Jesús, acaba de morir en Talavera de la Reina.

De familia humilde aunque honradísima, vió de pronto alzarse su casa á prosperidad envidiable por los medios legítimos de la más honrada fortuna. Una hermana cariñosa quiso que disfrutase de aquella opulencia, y cuando se gozaba ya toda la familia con verle descansar de sus tareas en el sacerdocio y en las cátedras, hé aquí que á la vista de tanta prosperidad se siente arrebatado por mayor y más pura ambición, la del cielo, conquistado en la pobreza y en la penitencia. Á pie y pidiendo limosna va á Loyola, y después de tomar la sotana de San Ignacio permanece veinticuatro años trabajando sin descanso y sin poner en este tiempo los pies en su pueblo natal. La muerte le ha arrebatado á los sesenta y cuatro años de edad.

Descanse en paz y ruegue por nosotros.

Encomendamos á las oraciones de nuestros amigos el alma de D. Antonio de Santiyán, representante hace años de la respetable casa de Aguado, á la que estaba unido por estrecho parentesco. Era un hombre de bien, consagrado con celo y devoción á las tareas de la librería religiosa. — R. I. P.